

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**UN BESO
OLVIDADO**

***Lou
Carrigan***





**SERVICIO
SECRETO**



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección LA HUELLA:
140 — Tempestad en un vaso de agua.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
685 — El valor del miedo.
- En Colección ARCHIVO SECRETO:
265 — Sekreten Polizeiken.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
581 — Venganza apache.
- En Colección PUNTO ROJO:
1.142 — Dinero, siempre dinero.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.760 — Confidencia por confidencia.
- En Colección KANSAS:
1.322 — Tienen que morir.
- En Colección CALIFORNIA:
1.342 — Morir y dejar morir.
- En Colección COLORADO:
1.359 — Trampa para un rural.
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:
1.591 — Manos que perdonan
- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.881 — Cuatro y un burro.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
696 — El ángel del desierto.

LOU CARRIGAN

UN BESO OLVIDADO

Colección **SERVICIO SECRETO** n. ° 1762
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-03656-2

Depósito legal: B 34249-1976

Impreso en España -Printed in Spain

2ª edición en España: junio, 1984

2ª edición en America: diciembre, 1984

© Lou Carrigan, 1976

texto

Concedidos derechos de autor a favor
de EDITORIAL BRUGUERA , S. A.
Camps y Fabrés, 5 Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas
que aparecen en esta novela, así como las
situaciones de la misma, son fruto exclu-
sivamente de la imaginación del autor,
por lo que cualquier semejanza con per-
sonajes, entidades o hechos pasados o
actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152. Km 21.650) Barcelona - 1983

CAPÍTULO PRIMERO

En el coquetón escenario del elegante Baynight Club estaba actuando nada más ni nada menos que Lucy Goldchest Flowers.

Con lo cual había motivo más que suficiente para que la atención de todos los presentes estuviese exclusivamente centrada en dicho escenario.

Lucy Goldchest Flowers era, por supuesto, rubia. Una de esas rubias que tienen dificultades cuando salen solas a la calle simplemente a comprar una revista o un par de medias. Era de buena estatura, cuerpo bien proporcionado, flexible, armonioso. Su cintura era delgadísima y las caderas se curvaban con una gracia increíble. Su busto, alto y erguido, era de una turgencia, de una elasticidad por completo fuera de lo común.

Y esto último era posiblemente lo que le había valido el apodo de Goldchest. Posiblemente en el Baynight Club no había habido jamás una atracción de *strip-tease* de la auténtica categoría que representaba Goldchest Flowers.

Sobre todo, cuando Lucy hacía su numerito de pordiosero. Este número llamado del pordiosero consistía en que la bellísima y sin par Goldchest Flowers aparecía en el escenario caracterizada de pordiosero. De un modo tan hábil, tan bien logrado, que los clientes nuevos en el Baynight Club creían firmemente que aquel sujeto zarrapastroso y barbudo, tocado con un mugriento sombrero y viejas sandalias era un hombre más bien sucio y considerablemente repugnante.

Pero esto solamente lo veían los que iban por primera vez al Baynight Club a ver actuar a Goldchest Flowers.

Los viejos clientes que acudían con frecuencia para deleitarse con la representación y el arte escénico de la espléndida rubia

sabían ya lo que iba a ocurrir a los pocos minutos de aparecer el pordiosero en el escenario. Lo que ocurría era que representando una simpática escena que provocaba la hilaridad en el público, el pordiosero mientras se desnudaba para pasar la noche bajo un puente hábilmente montado por los decoradores del club, se iba convirtiendo, a partir de determinado momento inesperado y realmente sorprendente, en una hermosísima muchacha que dejaba pasmada a la concurrencia.

Naturalmente, Lucy Flowers terminaba completamente desnudita delante del respetable, que, finalizado el graciosísimo número, aplaudía de muy buena gana el arte de la strip-teaser.

El arte y la belleza.

Porque si el cuerpo de Goldchest Flowers era bellísimo, el rostro puede decirse que aún lo era más. Ovalado, de líneas delicadas, boquita redonda y tono sonrosado, grandiosos ojos de un color verdeazul que ofrecían siempre una encantadora y cándida sonrisa al final del numerito, Goldchest Flowers era en verdad un espectáculo único, no sólo en el Daynight Club, sino muy posiblemente en todos los clubs que funcionaban en la ciudad de Nueva York.

Oscar Bruckman, que había acudido la primera noche al Baynight Club por auténtica casualidad, iba desde entonces todas las noches a presenciar el espectáculo. Pero no el espectáculo completo que ofrecía el club basta una hora relativamente alta de la madrugada. Lo que Oscar Bruckman acudía a ver, noche tras noche, era simplemente como el desarrapado y piojoso pordiosero se convertía en la más bella y encantadora muchacha que había conocido en su vida.

Noche tras noche, el elegante, casi atildado Oscar Bruckman, ocupaba una de las mesas mejor situadas ante el coquetón escenario y se quedaba mirando fijamente a Goldchest Flowers. Es decir, se había quedado mirándola embobado hasta la noche anterior en que, tras finalizar la última función de la bellísima Lucy, había ido a felicitarla a su camerino, por supuesto obsequiándola con una pequeña y delicada cajita de flores que revelaba el auténtico buen gusto de Oscar Bruckman.

Pero eso había sido la noche anterior.

Esta noche y después de captar que Lucy Goldchest Flowers era

en verdad asequible, Oscar Bruckman tenía proyectos que eran bastante más avanzados que la simple entrega de unas flores y aceptar la aquiescencia de la muchacha para llevarla hasta su apartamento en el coche.

Esta noche, Oscar Bruckman tenía realmente unos proyectos muy concretos sobre Lucy Flowers. En esos proyectos formaba parte el estuche que Bruckman llevaba en un bolsillo. Dentro del estuche, una pequeña bagatela que le había costado la insignificante cantidad de cinco mil quinientos dólares.

Pero el hombre propone y las circunstancias descomponen. Así, aquella noche, justo cuando Goldchest Flowers estaba terminando su número, es decir, que estaba convirtiéndose ya en la bella jovencita de los cándidos y maravillosos ojos verdeazules, Oscar Bruckman vio entrar en el Baynight Club al granuja de Daniel Lawhort.

Llamar granuja a Daniel Lawhort era tratarlo de un modo casi simpático. Lawhort era un tipo alta y profundamente repugnante. No sólo era un canalla que se ganaba la vida lógicamente haciendo canalladas, sino que ni siquiera tenía el mínimo buen gusto o decencia entre delincuentes de ser fiel a quien le pagaba.

Cuando Bruckman vio aparecer a Daniel Lawhort en el Baynight Club mirando a todos lados, comprendió en el acto que a quien buscaba el sinvergüenza de Lawhort era a él. Por un momento estuvo tentado de ignorarlo, y en cuanto Goldchest Flowers abandonase el escenario ir tras ella por la puertecita del fondo del local que comunicaba con la parte de atrás donde estaban los camerinos de los artistas. Pero algo en la expresión de Lawhort hizo recapacitar a Bruckman. Y tras esta vacilación alzó un brazo mirando al canallita recién llegado al Baynight.

Su gesto fue rápidamente captado por Daniel Lawhort, que se acercó presurosamente a la mesa sin conceder ni siquiera una mirada a Lucy Goldchest Flowers. Lo cual era algo verdaderamente pasmoso.

Pasmoso para quien no conociera también, además de a Lawhort, a su jefe Charles Stanton, y precisamente Charles Stanton acompañado de dos de sus rufianes, los llamados Pearson y Doyle, acababan de aparecer también en la entrada del Baynight mirando a todos lados.

Tanto Charles Stanton como sus canallitas particulares Pearson y Doyle vieron a Daniel Lawhort en el momento exacto en que éste se sentaba a la mesa de Oscar Bruckman.

Éste, súbitamente inquieto, dejó de mirar hacia la puerta y miró a Lawhort.

—¿Qué te trae por aquí, Lawhort?

—Tengo una mercancía interesante para usted, señor Bruckman.

—Estupendo. Pero quizá no sea éste el momento de hacer el negocio.

—¿Por qué no? —se sorprendió Lawhort—. Yo creo que éste es precisamente el momento más indicado. He conseguido alejarme de Stanton por un par de horas sin que haya tenido nada que objetar. Y como usted comprenderá, teniendo en cuenta la rivalidad entre usted y mi jefe Charles Stanton, el momento mejor para que nosotros nos entrevistemos es cuando él no pueda vernos ni enterarse de ello.

Oscar Bruckman se quedó mirando fijamente a Daniel Lawhort. Luego, con indiferencia, miró hacia la puerta donde estaban todavía Charles Stanton, Pearson y Doyle. Por supuesto, los tres hombres estaban mirando hacia él y Lawhort. Éste, evidentemente, no se había dado cuenta de que su jefe y dos de sus compañeros de pandilla sencillamente le habían seguido y en estos momentos en que él creía que ni se acordaban de que estaba en el mundo de los vivos lo estaban atravesando con sus duras y frías miradas.

—Bueno —sonrió de lado Oscar Bruckman—. Según entiendo, las ocasiones hay que saber aprovecharlas, Lawhort. ¿De qué se trata exactamente?

—Tengo para usted una mercancía que podemos valorar en veinticinco mil dólares, señor Bruckman.

Bruckman alzó las cejas sin alterarse en absoluto. Luego encendió un cigarrillo, volvió la cabeza para presenciar el final del numerito de Goldchest Flowers, y cuando ésta, acompañada de una estruendosa salva de aplausos abandonó el escenario, volvió por fin a mirar a Daniel Lawhort.

—Tiene que ser algo verdaderamente importante para que un desgraciado como tú se atreva a pedirme semejante cantidad.

Daniel Lawhort sonrió astutamente.

—Bueno, puede usted tratarme como guste, señor Bruckman.

Pero tenga en cuenta que la próxima palabra desagradable que pronuncie con respecto a mí le costará cinco mil dólares. Y así sucesivamente, cada palabra o frase que no me guste aumentará en cinco mil dólares el precio de la mercancía que tengo a su disposición.

—Está bien. Vamos a tratarnos de tal modo que los dos parezcamos auténticos caballeros, Lawhort. Dime exactamente qué es lo que tienes para mí y yo decidiré si merece o no merece veinticinco mil dólares.

—¿Le gustaría a usted deshacerse de una vez por todas de mi jefe Charles Stanton y de toda su pandilla? —preguntó maliciosamente Lawhort.

—Por supuesto que sí —admitió con señorial indiferencia Bruckman—. Si has venido a ofrecerme la posibilidad razonable de conseguir eso, estoy dispuesto a pagarte los veinticinco mil dólares.

—Muy bien. No olvide que ha aceptado mi precio, señor Bruckman. Y ahora —Lawhort metió la mano en el bolsillo interior derecho de su chaqueta y sacó un pequeño paquete que deslizó sobre la mesa hacia Bruckman— eche usted un vistazo a esto y espero que le sirva para comprender.

Oscar Bruckman no se movió, de momento. Simplemente miró la cajita que había sobre la mesa. Era una cajita de cassette que contenía una pequeña cinta en su interior. Tras contemplarla unos instantes, alzó la mirada siempre con indiferencia hacia la puerta. Allá seguían Charles Stanton, Pearson y Doyle contemplándolos. Pero como Daniel Lawhort estaba de espaldas a la entrada, Bruckman comprendió que Charles Stanton y sus hombres no habían visto lo que Lawhort le había colocado sobre la mesa.

—¿Vas a obsequiarme con música, Lawhort? —preguntó, con amable sonrisa, Bruckman.

—No es música lo que hay grabado en esa cinta, se lo aseguro, señor Bruckman. Lo que hay grabado ahí es verdadera dinamita... para Charles Stanton y la pandilla, se entiende.

—Bueno, no voy a dudar de lo que dices sea cierto. Tampoco dudo que el contenido de esta cinta puede servirme para deshacerme de una vez de la rivalidad que representa Charles Stanton y todo su grupito de golfos que trabajáis para él. Pero comprenderás que no voy a pagarte esa cantidad sin haber

escuchado antes la grabación.

Daniel Lawhort alzó ambas manos en un pretendido gesto simpático.

—¡Por favor, señor Bruckman! Yo sé muy bien con quién trato y cómo debo tratar a cada cual. Si usted dice que, en caso de interesarle el contenido de la cinta, me va a pagar los veinticinco mil dólares, yo no tengo inconveniente ninguno en que se lleve usted la cinta, la escuche y me llame por teléfono cuando haya terminado la... audición.

—De acuerdo —asintió Bruckman—. Y ahora discúlpame, Lawhort, pero tengo que marcharme. Yo creo que lo mejor sería que me llamasen mañana por la mañana a mi oficina. Si me interesa el negocio, te diré dónde y cuándo te entregaré los veinticinco grandes. ¿Te parece bien?

—Por supuesto que sí, señor Bruckman.

—Pues no hay más que hablar. De verdad que tengo prisa, Lawhort. Pide lo que quieras y que lo carguen en mi cuenta.

—Muchas gracias, señor Bruckman. Hasta mañana.

—Ya supongo que no olvidarás telefonarme. —Bruckman se puso en pie—. Vaya, realmente me gustaría hacer contigo un buen negocio que te proporcionase veinticinco mil pavos, Lawhort.

—Bueno —rió Lawhort—, a decir verdad, también a mí me gustaría mucho.

Oscar Bruckman sonrió de nuevo, hizo un gesto con la mano y se dirigió hacia el fondo del local. Cuando llegó a la puerta que comunicaba con el pasillo de la parte de atrás, volvió ligeramente la cabeza. Y lo que vio no le sorprendió en absoluto. Charles Stanton, Pearson y Doyle caminaban sin prisa pero decididamente hacia la mesa en la que había quedado Daniel Lawhort por supuesto decidido a pedir a su salud una de las botellas de champaña más caras que hubiesen en el Baynight Club. Pero era muy posible que Charles Stanton provocase una indigestión en Daniel Lawhort. Mejor dicho, ni siquiera indigestión, puesto que poco entendía Oscar Bruckman de la actitud de las personas o Daniel Lawhort no estaría aquella noche en condiciones de beber champaña.

Dejándolo a su suerte, pensándolo y con razón que entre canallitas iba el juego, Oscar Bruckman se adentró rápidamente en el amplio pasillo inicial, giró a la derecha y se dirigió directamente

hacia una de las numerosas puertas que daban a aquella parte del pasillo. Sabía ya cuál era el camerino de Lucy Goldchest Flowers. Se detuvo ante esta puerta y llamó con los nudillos.

—Pase —le llegó la nítida voz de Lucy Flowers.

Bruckman entró en el camerino sonriendo y mirando a todos lados. En seguida vio por encima del biombo la cabeza de Lucy Goldchest Flowers y los bellísimos ojos verdeazules clavados en él.

—Buenas noches, señor Bruckman.

—Buenas noches, señorita Flowers. Esta noche había pensado invitarla a cenar, si usted me lo permitía, pero ha surgido una imprevista dificultad que tengo que atender inmediatamente. ¿Puedo contar con que aceptará usted mañana mi invitación?

Lucy, que se estaba vistiendo detrás del biombo, donde estaban los colgadores con sus ropas y diversa parte del equipo que utilizaba para su trabajo, le sonrió deliciosamente.

—Pues no veo inconveniente alguno en aceptar, señor Bruckman. La verdad es que usted me parece un caballero muy educado y agradable.

—Muchísimas gracias —rió Oscar Bruckman—. No pretendo con esto provocar en usted una reacción de forzado agradecimiento o concesiones, señorita Flowers, pero me gustaría que aceptase un pequeño obsequio.

—¿Qué obsequio? —Alzó las cejas Lucy.

Bruckman se acercó más al biombo, sacó el estuche y lo tendió hacia la muchacha. Un precioso bracito de ésta pasó por encima del biombo, tomó el estuche y lo pasó al otro lado. Lucy Flowers abrió el estuche y se quedó mirando atónita su contenido. Era una pulsera de brillantes de un buen gusto y una delicadeza verdaderamente admirable. Todo por supuesto de un gusto exquisito. Los brillantes emitían unos destellos tan puros, tan delicados que Goldchest Flowers se quedó como hechizada mirándolos. Por fin, tras parpadear como rompiendo así el hechizo, alzó la mirada de nuevo hacia Oscar Bruckman.

Éste no estaba ya delante de ella y al otro lado del biombo sino delante del tocador y mirándose como distraído al espejo.

—Francamente, señor Bruckman, me parece que su obsequio es excesivo. Además, generalmente cuando a una chica que se dedica al *strip-tease* se le hace un obsequio así, el hombre busca algo

verdaderamente concreto de ella.

Oscar Bruckman, que había puesto la mano izquierda descuidadamente sobre el bolso de Lucy Flowers, la retiró y se acercó de nuevo al biombo sonriendo con la auténtica maestría de un hombre de mundo.

—Es usted quien se precipita en obtener conclusiones, señorita Flowers. Yo creo que de momento puede usted lucir mi insignificante obsequio y decidir más adelante, después de haberme tratado más a fondo, si le parece bien o no le parece bien quedárselo.

—Bueno, su oferta es en todos sentidos razonable, señor Bruckman. Y no veo mal alguno en quedarme, por el momento, con su insignificante regalito.

Oscar Bruckman se echó a reír.

—De acuerdo, señorita Flowers. Y ahora discúlpeme, pero tengo que solventar urgentísimamente unos asuntos. Hasta mañana por la noche.

—Adiós, señor Bruckman. Espero que pueda solucionar sus asuntos a plena satisfacción.

—Así lo espero yo también. Muchas gracias. Adiós.

—Adiós, señor Bruckman.

Oscar Bruckman abandonó el camerino de Lucy Goldchest Flowers y se dirigió rápida y directamente hacia la puerta metálica del fondo del largo pasillo. Puerta que daba a un callejón lateral, poco frecuentado y de iluminación más bien escasa.

La abrió cautelosamente mirando a uno y otro lado del callejón. No sabía lo que podía estar pasando dentro del Baynight Club entre Charles Stanton y el traidorcete de Daniel Lawhort, pero sí sabía que después de que Stanton había visto a Lawhort charlando con él, tenía que andarse con mucho cuidado.

Pero no había problema. No había nadie allí que pudiese molestarle en modo alguno y Oscar Bruckman decidió que era llegado el momento de desaparecer antes de que enterado Charles Stanton de que Daniel Lawhort le había entregado una cassette enviase a sus hombres a pedírsela de muy buenas maneras al principio o a arrebatársela como fuese si él se negaba.

Y realmente, él quería aquella cassette, pues, y deshacerse de la rivalidad que representaba la banda de Charles Stanton, y qué sería,

sin duda alguna, el mejor negocio de su vida.

Y mientras Oscar Bruckman se alejaba del Baynight Club, en el interior de éste, Daniel Lawhort, pálido como un muerto, contemplaba a su jefe Charles Stanton, que había escuchado su explicación sin que en su huesudo rostro se reflejase emoción alguna.

—Eres un puerco indecente, Lawhort. Has tenido el suficiente sentido común, sin embargo, de decirme la cochinada que estabas tramando. Si llegamos a tiempo de arrebatarte a Bruckman esa cassette, es posible que todo termine bien para ti.

—Ha ido hacia los camerinos —balbuceó Lawhort.

—Eso ya lo sé. —Stanton dirigió una mirada a sus hombres—. Id a por Bruckman y arrebatadle esa cassette.

Pearson y Doyle hicieron un gesto de asentimiento con sus cuadradas cabezotas y se dirigieron rápidamente hacia el fondo del local. En aquel momento aparecía en el escenario el grupo de actores que sustituían el espectáculo de Goldchest Flowers. Pero si los pandilleros no habían demostrado interés alguno por Goldchest Flowers, menos aún lo iban a demostrar por un grupo de cantantes melenudos.

Desaparecieron en el interior del pasillo y desviando la mirada de ellos, Charles Stanton volvió a fijarla en Daniel Lawhort, que estaba muy envarado y, por supuesto, preocupadísimo por su suerte.

—Son los tipos como tú los que complican siempre las cosas —masculló Stanton—. Pero vamos a ver si cuando salgamos de aquí te convenzo de que por lo menos a mí no debes complicármelas nunca más.

Lawhort no dijo nada. Todo lo que pudo hacer fue tragar saliva. Luego, de la botella de champaña que había en un cubo de plata sobre la mesa que ocupara Oscar Bruckman se sirvió en la copa de éste y bebió un trago. El champaña estaba bueno, pero, además, Lawhort tenía de pronto una sed auténticamente espantosa, así que se sirvió el resto del champaña. Charles Stanton simplemente le observaba. Aunque no parecía concederle demasiada importancia, pues repartía su atención entre él y los melenudos del escenario que comenzaron su actuación rasgando sus guitarras y comenzando a contorsionarse y a cantar.

Así estaban las cosas cuando apenas un minuto más tarde Doyle y Pearson aparecieron en la puerta del fondo. Los dos miraban hacia Stanton, y Stanton, que estaba mirando hacia ellos, comprendió en el acto.

—Oscar Bruckman se ha largado —susurró.

—¿Qué? —Se acercó un poco más a él Daniel Lawhort.

—Ponte en pie y salgamos de aquí. Lo que te he dicho es que Oscar Bruckman se ha largado ya.

Daniel Lawhort parecía atornillado a la silla. Pero comprendió que organizar un alboroto allí dentro no le iba a servir absolutamente de nada. Si acaso lo único que podía conseguir era precipitar su muerte, pues en aquellas circunstancias Charles Stanton no tendría el menor inconveniente en meterle cuatro o cinco balas en el corazón. Así que igual que un cordero hacia el matadero, Daniel Lawhort fue hacia la puerta del Baynight Club acompañado de Charles Stanton. Y por supuesto llevando tras ellos dándoles alcance a Pearson y Doyle.

Reunidos en la calle los cuatro hombres, fue Pearson quien dijo:

—Se ha marchado, señor Stanton. Estuvo en el camerino de una chica que hace *strip-tease*, según nos ha dicho un empleado de ahí dentro. Pero salió en seguida y marchó luego por la puerta que da al callejón. Está claro que nos había visto y comprendió que lo mejor era largarse.

Sabemos dónde encontrar a Oscar Bruckman —deslizó fríamente Stanton—. La lástima es que, desde luego, no podemos encontrarlo inmediatamente. Lo primero que hará ese maldito es ir a un lugar donde pueda escuchar la cassette que grabó este idiota...

Los tres hombres se quedaron mirando fijamente a Daniel Lawhort, que ya no estaba pálido sino lívido, de un color indefinible. Pearson lo empujó.

—Camina. Nos está esperando un lujoso automóvil, querido Daniel.

—No —jadeó éste—. No, por favor, no.

—Vamos, no seas imbécil. Intentaremos solucionar todavía las cosas, pero comprenderás que no vamos a dejarte aquí.

—Sé que vais a matarme —gimoteó Lawhort—. Lo sé seguro. Queréis llevarme en el coche a darme el paseo.

Pearson se acercó a él y agarrándole por las solapas lo atrajo.

Acto seguido le hundió con terrible violencia el puño derecho en pleno estómago en un gancho corto y demoledor. Lawhort emitió un gemido y todavía hizo un gesto de resistencia, pero otro golpe más fuerte que el primero lo dejó realmente ablandado. Lo suficiente al menos para que Pearson y Doyle pudiesen llevarlo agarrado por los brazos como si se tratase de un borrachín hacia el automóvil que ya se estaba acercando al bordillo delante del Baynight Club.

En un instante, Charles Stanton, sus acólitos y el casi desvanecido Lawhort estuvieron dentro del automóvil, que reanudó la marcha alejándose rápidamente de allí.

—Vamos a nuestro club, Richards —se dirigió Stanton al hombre que conducía el coche—. Tenemos que reunir a todos los muchachos disponibles y organizar la caza de Oscar Bruckman para esta misma noche y Cuanto antes. Si ese puerco llega a hacer uso de la cassette podemos darnos por eliminados del juego. Y antes que eso, quiero ser yo quien elimine de una vez a Bruckman.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —gimió Daniel Lawhort—. Por favor, dejarme marchar. Yo no puedo seros de ninguna utilidad.

Charles Stanton, que estaba sentado a la derecha de Lawhort en el asiento de atrás, se quedó mirándolo fijamente y, de pronto, asintió con un gesto.

—Es verdad —dijo—. Tú ya no puedes sernos de ninguna utilidad, Daniel. Es más, lo que has hecho ha sido perjudicarnos muy grandemente.

—Bueno, señor Stanton, pero le aseguro que en lo sucesivo yo no...

Plop... Plop... Plop...

Dentro del coche sonaron ahogados los estampidos de los tres disparos efectuados con silenciador. Al recibir el primero, Daniel Lawhort emitió un grito que desde luego no llegó más allá del interior del ámbito del coche. Al recibir el segundo sólo un gemido. Al recibir el tercer balazo, Daniel Lawhort ya no podía reaccionar de ninguna manera porque estaba muerto.

—Déjanos cerca del club, Richards —se dirigió de nuevo Stanton al conductor, guardando su pistola provista de silenciador—. Nosotros organizaremos la caza y captura de Bruckman esta noche. Y tú ve por ahí a deshacerte del cadáver de este cerdo.

—No va a ser fácil encontrar a Bruckman —movió la cabeza Richards.

—No, pero tenemos que hacerlo. Esté donde esté, tenemos que cazar cuanto antes a Oscar Bruckman.

Escondido entre los setos del pequeño jardín que rodeaba el edificio de apartamentos en el que vivía Lucy Goldchest Flowers, Oscar Bruckman vio por fin llegar a la muchacha en un taxi.

La espera no había sido muy larga, pero Bruckman estaba verdaderamente impaciente.

Estuvo observando a Lucy Flowers mientras ella pagaba el precio de la carrera y luego, mientras la muchacha se acercaba caminando con una gracia admirable hacia el edificio, él fue siguiéndola casi paralelamente, escondiéndose por detrás de los setos del reducido jardín. La iluminación en la Avenida de las Américas era intensa, pero allí en el jardín y alrededor del edificio era más bien discreta, considerando que era ya más de la una y media de la madrugada.

Siempre escondiéndose tras los setos, esperando hasta el último momento para aparecer ante la muchacha y con una excusa cualquiera solicitar de ella la devolución de la cassette, Oscar Bruckman continuó deslizándose hacia el portal del edificio. A su izquierda, caminando confiada y alegremente, iba Lucy Goldchest Flowers.

Y mientras ella continuaba caminando hacia el portal del edificio donde tenía su elegante apartamento, Oscar Bruckman llegó al final de su camino en esta vida.

Oscar Bruckman no llegó a saber ni siquiera qué era lo que ocurría.

Todo lo que supo fue que, de pronto, algo le atenazó por el cuello. Notó una presión horrible en la garganta y giró sus ojos a todos lados como queriendo localizar la procedencia de aquel terrible y asombroso acontecimiento. Pero no pudo ver nada. Sólo sentía.

Sentía cada vez más fuerte aquella horrorosa e invencible presión en su garganta. Alzó sus dos manos hacia el cuello y todavía tuvo conciencia suficiente para comprender que lo que sus dedos tocaron era una mano que presumiblemente debía ser humana. Una mano grande, de dedos largos, fortísimos, de una potencia tan

aterradora que Bruckman comprendió que jamás podría desprenderse de ellos.

Y eso fue, en realidad, todo lo que llegó a comprender.

En un instante perdió el conocimiento y la poderosísima mano grande y velluda que le había llegado por detrás continuó apretando su garganta hasta que Oscar Bruckman dejó de existir.

Mientras tanto, Lucy Flowers había entrado ya en el edificio y estaba subiendo en el ascensor hacia el piso en el cual tenía su apartamento. Como siempre, la deliciosa y encantadora Lucy Goldchest Flowers se sentía tranquila, contenta y feliz.

En aquellos momentos, por supuesto, mientras subía pensando en darse una prolongada ducha de agua tibia que desprendería la purpurina de sus preciosos senos, no se le podía ocurrir que acababa de iniciarse una serie de acontecimientos que darían un rumbo nuevo a su vida.

CAPÍTULO II

El capitán Lewis Cassidy, del Pólice Department de la ciudad de Nueva York, dirigió una hosca mirada de reojo al joven teniente Morris Lambert. Éste se hallaba sentado en una de las confortables butacas del despacho de Cassidy dedicando toda su atención, al menos en apariencia, a un ejemplar de la archifamosa revista *Play Boy*.

Comoquiera que Cassidy conocía bien a sus hombres y hasta el momento tenía una excelente opinión del joven teniente Morris Lambert, decidió seguir pasando por alto la sorprendente actitud de Morris y continuó hablando con el sargento Butchers.

—En definitiva —dijo Cassidy—, el asunto ha revuelto el cotarro, eso es todo. Por un lado, tenemos que al ser asesinado Oscar Bruckman, indudablemente nos hemos librado de un bicho indeseable que se dedicaba a negocios sucios en la ciudad. Por otro lado, algunos de sus hombres están ahora a la greña con Charles Stanton y su pandilla... Lo ideal, por supuesto, sería que unos se devorasen a otros y que nos dejaran en paz de una maldita vez.

—Quizá lo hagan —asintió el sargento Butchers—. Pero no confiemos demasiado en ello, señor. Lo más probable es que, puesto que ha muerto uno de los reyezuelos del delito, los siervos que quedan dispersos se unan a las huestes del otro, es decir, de Charles Stanton.

—O sea, que, según como lo miremos, no hemos ganado nada —refunfuñó Cassidy.

—Por el momento, yo creo que no. Pero tendremos que esperar los acontecimientos. Ya sabe usted que no es fácil meterle mano a esa clase de gente. Siempre tienen las espaldas bien guardadas, saben cómo protegerse legalmente de nuestras acciones... Esto,

como usted ya sabe, señor, es más viejo que el andar a pie. Los gángsters, lo primero que aprendieron a hacer, fue protegerse legalmente.

—Sí —suspiró desalentado Cassidy—. Y a estas alturas todavía no hemos encontrado nosotros el modo de desbaratar sus legalidades.

—Mala suerte —encogió los hombros Butchers.

Lewis Cassidy volvió a mirar al impávido Morris Lambert, que continuaba hojeando la revista *Play-Boy*. Luego volvió su atención a Butchers, que sonreía un tanto irónicamente.

—Hay algo —susurró Cassidy— que me tiene bastante desconcertado y es el modo en que ha sido eliminado Oscar Bruckman. Yo dudo mucho que esto haya sido un ajuste de cuentas entre él y Stanton o un simple asesinato vulgar y corriente.

—Sí —admitió Butchers—. Según el informe forense, a Oscar Bruckman lo estrangularon brutalmente con una sola mano. Ahora bien —se estremeció cómicamente Butchers—, cabe imaginarse qué mano ha de ser ésa, señor.

Lewis Cassidy asintió con la cabeza, volvió a mirar a Morris Lambert y ya no pudo contenerse más.

Soltó un bufido.

—Hombre, Morris, estamos hablando de un asesinato que ha organizado un jaleo tremendo y tú estás ahí tan campante y descarado mirando la *Play-Boy*.

Morris Lambert, que tenía todo el aspecto de un auténtico caballero y unos modales acordes con este aspecto, miró apaciblemente a su jefe.

—No es una revista cualquiera, señor —aseguró.

—Bueno, para mí hoy día *Play-Boy* es una de tantas revistas que enseñan chicas.

—Sí, por un lado, es eso, señor. Pero también vienen artículos muy interesantes. De todos modos, en esta ocasión yo no estaba dedicando mi atención a los artículos sino a una chica en concreto de las que aparecen en esta revista. ¿Quiere usted verla, señor?

—¡Hombre, no me vengas con tonterías!

—No es ninguna tontería, señor. Le aseguro que vale la pena. En cuanto a mí personalmente, le diré con toda sinceridad y seriedad que desde que compré esta revista y vi a esta chica, estoy

enamorado de ella.

El sargento Butchers se echó a reír mientras el veterano Lewis Cassidy soltaba otro de sus característicos bufidos.

—Desde luego, hoy tienes el día cachondo —bramó—. Si tienes ganas de juerga, lo mejor será que salgas de este despacho. Nosotros estamos muy ocupados.

Morris Lambert sonrió. Una sonrisa de persona cordial, incapaz de alterarse con personas a las que conocía perfectamente y de las cuales sabía que no podía esperar realmente nada molesto.

—Bueno —dijo, acercándose a la mesa de su jefe—. Como un favor personal, señor, eche una miradita a esta chica.

Colocó la revista *Play-Boy* abierta en dirección a su jefe sobre la mesa. Cassidy simplemente bajó la mirada y entonces vio a la muchacha.

Estaba completamente desnuda y llamaba la atención inmediatamente por el hecho de que sus senos estaban untados con purpurina. Parecía que tuviese el pecho de oro.

Lewis Cassidy alzó la mirada hacia Morris, interrogante.

—¿Qué pasa con esta chica? Simplemente ha hecho algo original, algo que no hacen las demás. ¿Te refieres a esto?

—No, señor. En primer lugar, si usted observa su rostro, verá que es sencillamente angelical, honesto y puro.

—¡Hombre, Morris! —No pudo evitar una carcajada Lewis Cassidy—. ¿De qué estás hablando, muchacho?

—Alto ahí, señor —frunció el ceño Morris Lambert—. No hay que confundir una profesión con tendencias punibles. La chica que está usted viendo, esta maravilla de ojos verdeazules y facciones y expresión angelical, se llama Lucy Flowers. Esto en cuanto a su verdadero nombre, pero profesionalmente la llaman Goldchest Flowers. Es decir, Pecho de Oro Flowers. Es una strip-teaser muy conocida y gana mucho dinero y tiene un prestigio, por lo tanto, muy considerable. La revista que está usted viendo apareció hace cinco meses. La compré, y desde entonces la guardo, naturalmente, por el simple hecho de que en la portada y en las páginas interiores vi a Lucy Goldchest Flowers.

—Bueno, me parece muy bien que mis hombres tengan unas inclinaciones sexuales normales —refunfuñó Lewis Cassidy—. Pero de eso a que estés enamorado de Goldchest Flowers...

—Comprendo que parece una tontería, señor. Pero le estoy hablando completamente en serio. Estoy enamorado de ella. Enamorado de verdad, se lo aseguro.

—¡Hombre, ya está bien! —exclamó el sargento Butchers—. Déjate de tonterías, Morris.

—No es ninguna tontería, Butchers. ¿Qué tiene de malo una chica como Goldchest Flowers? Ella tiene su trabajo como nosotros tenemos el nuestro. Se puede ser strip-teaser y ser una persona perfectamente honrada. ¿O no?

—Bueno, supongo que sí, desde luego, pero...

—Pero ¡narices! Tú das por sentado que puesto que Lucy es strip-teaser, ya tiene que ser una individua de cuidado. Pues no, señor. Yo tengo el pleno convencimiento de que hace su profesión con toda seriedad y deseando cumplir su cometido para satisfacer a un público que paga, y eso es todo. Por lo demás, no tiene por qué ser ninguna individua de las que la mayoría de la gente podría pensar.

—Bueno, bueno, está bien. No te lo tomes así, hombre. No he pretendido ofender a tu amada Goldchest Flowers. Pero dime a qué viene ahora conversar sobre esta preciosidad.

Moris Lambert quedó un instante meditativo antes de murmurar:

—Yo creo que está relacionada con el asesinato de Oscar Bruckman.

Cassidy y Butchers se quedaron pasmados mirando a Morris Lambert, con expresión de quien no entiende nada.

—¿Goldchest Flowers está relacionada con Oscar Bruckman? —acertó a decir por fin el capitán Cassidy—. Bueno, quizá te refieres a que este sujeto podía tener relaciones con una chica que, pese a lo que tú digas, puede resultar de fácil acceso.

—No, no señor. No me refería a eso. Antes de venir aquí he pedido unos informes a nuestros archivos centrales. Informes que me han llegado rápidamente y sobre los cuales me gustaría conversar irnos minutos. ¿Dispone usted de ellos, señor?

—¿Están relacionados con el caso Bruckman? —quiso aclarar Cassidy—. ¿Estás seguro de ello, Morris?

—Sí, señor.

—Pues adelante. Veamos qué tienes que decir sobre el caso. Ya me extrañaba a mí que mientras que nosotros estábamos hablando

de esto, tú te dedicases a mirar una revista... Bien, te escuchamos.

Morris Lambert sacó una cuartilla doblada de un bolsillo de su chaqueta. La desdobló y se quedó mirando lo escrito. Con su propia letra, puesto que había tomado sencillamente los datos básicos de los informes que le habían llegado de los archivos centrales.

—Veamos —musitó—. Hace unos meses, en Chicago, un hombre llamado John Carson fue encontrado asesinado en una calle. John Carson había fallecido por estrangulación... Una estrangulación efectuada con una sola mano.

Butchers y Cassidy estaban ahora mirando fijamente a Morris Lambert. Fijamente y con clarísima expresión de expectación. No dijeron una sola palabra, así que Morris continuó:

—Después de John Carson, ocurrió algo parecido con otro hombre, éste llamado Marion Higgins. El hecho ocurrió en Atlantic City. Un amanecer, un automovilista encontró en una avenida junto al mar el cadáver de Marion Higgins. Había sido, como estamos diciendo, estrangulado con una sola mano. Luego, más tarde, un sujeto llamado Joseph Carlston fue encontrado en las mismas condiciones en Miami Beach. Posteriormente, en Los Ángeles le tocó el turno a un tal William Trenton.

—Un momento —exclamó por fin el sargento Butchers—. ¿Estos cuatro sujetos que has mencionado fueron estrangulados todos con una sola mano?

—Así es. Pero todavía queda otro. Éste se llamaba Richard Bentley. Es el último de la lista y apareció hace cinco semanas en Las Vegas. Por supuesto, insisto en ello, estrangulado como los cuatro anteriores y como Oscar Bruckman con una sola mano. ¿Saben ustedes dónde estaba Lucy Goldchest Flowers cuando el señor Richard Bentley fue asesinado en Las Vegas?

—¿Cómo demonio vamos a saber esto? —refunfuñó el capitán Cassidy.

—Pues Goldchest Flowers estaba en Las Vegas —murmuró Morris Lambert—. ¿Saben ustedes dónde estaba Goldchest Flowers cuando el señor William Trenton fue asesinado en Los Ángeles?

—¿En Los Ángeles? —susurró el sargento Butchers.

—Exactamente. En Los Ángeles. Y Goldchest Flowers estaba en Miami Beach cuando en esta ciudad fue asesinado Joseph Carlston. También estaba en Atlantic City cuando fue asesinado con una sola

mano Marion Higgins. Y también estaba en Chicago cuando fue estrangulado con una sola mano el señor John Carson, que, según mis datos, fue el primero de esta lista de hombres estrangulados con una sola mano.

—Bueno —estaba evidentemente desconcertado el capitán Cassidy—. ¿Adónde quieres ir a parar con todo esto, Morris? ¿Sugieres que esa chica va por ahí estrangulando hombres con una sola mano?

—No, señor —sonrió Morris Lambert—. He visto sus manos y son pequeñas y delicadas. Dudo mucho que pudiese estrangular ni siquiera a un canario. Sin embargo, nosotros somos policías y debemos prestar atención a los hechos. ¿A usted le parece que puede ser una casualidad que en seis ciudades hayan sido asesinados seis hombres del mismo modo y que en esas seis ciudades en esos momentos estuviese actuando Lucy Goldchest Flowers?

—Bueno, hay casualidades tan grandes en la vida, Morris...

—Conteste sí o no, señor. ¿Le parece que puede ser una casualidad?

—Creo que podría serlo. Pero realmente como policías deberíamos dudarlo. Y sigo sin saber dónde demonios quieres ir a parar.

—Quiero ir a parar a Lucy Goldchest Flowers. Se me ha ocurrido una idea sobre ella al respecto y quisiera estudiarla adecuadamente.

—Hombre —sonrió el sargento Butchers—, lo que tú quieres es acercarte a esa chica y ver si ligas con ella.

—En el fondo, ésa será mi intención —sonrió de nuevo Morris—. Hasta ahora no me he atrevido, francamente. Pero quizá ahora, por razones de trabajo, tendré más decisión y es posible que así se inicie una relación personal que podría llevar a un desenlace verdaderamente romántico.

—No sé si estás hablando en serio o no —dijo el capitán Cassidy—. En definitiva, ¿qué es lo que quieres hacer, Morris?

—En principio, conversar con Lucy Flowers... ¡Ah! Olvidaba una cosa, señor. Tanto esos cinco hombres que fueron asesinados en las ciudades que he mencionado como Oscar Bruckman, fueron hallados sin que en sus bolsillos hubiese ni un centavo.

—Es cierto —asintió Butchers—. Oscar Bruckman no tenía

dinero encima. Ni siquiera un centavo, capitán.

—Es lógico —dijo el capitán Cassidy—. El asesino mata a sus víctimas precisamente para robarle.

—Yo no lo creo así, señor —dijo Morris Lambert—. Es decir, creo que se aprovecha del dinero que llevan sus víctimas, pero me inclino a creer que no es el dinero el móvil del crimen.

—¿Cuál es el móvil, según tú?

—No podría asegurarlo, y antes de dar mi opinión preferiría estudiar un poco más este asunto.

—Bueno. Pues me gustaría saber qué estás esperando —gruñó Lewis Cassidy.

—Estoy esperando solamente unas fotografías de Oscar Bruckman de cuando estaba vivo para llevarlas esta noche conmigo al Baynight Club, que es donde actualmente está trabajando Goldchest Flowers. Quiero saber si Oscar Bruckman estuvo anoche en el Baynight Club. A partir de ahí, ya veremos cómo enfoco las investigaciones. ¿Tengo carta blanca, señor?

—Tú eres de los que puedes iniciar gestiones con carta blanca, Morris —asintió Lewis Cassidy—. ¡Adelante, muchacho!

CAPÍTULO III

Esta noche, Morris Lambert pudo darse el gusto de ir a ver a Lucy Goldchest Flowers de cerca. Había estado bastantes veces con anterioridad en su tiempo libre, pero había ocupado siempre una mesa discretamente alejada del coquetón escenario.

En esta ocasión, los proyectos del teniente Lambert eran muy diferentes por lo que ocupó una de las mesas más cercanas al escenario y estuvo asistiendo con expresión impávida a la siempre graciosa, simpática y sugestiva actuación de la strip-teaser Goldchest Flowers.

Cuando la actuación terminó, Morris Lambert fue uno de los que más rabiosamente aplaudió, tanto que Goldchest Flowers, mientras saludaba, despidiéndose, no tuvo más remedio que reparar en él. Morris Lambert aplaudía con los brazos muy separados de su cuerpo y dando unas grandes y rabiosas palmadas que por fuerza tuvieron que llamar la atención de la muchacha de los senos de oro.

Durante un instante, mientras ella sonreía y saludaba con la cabeza y Morris Lambert aplaudía enérgicamente, las miradas de ambos quedaron como conectadas. Igual que si hubiesen sido soldados dos hilos eléctricos.

Luego, Goldchest Flowers, terminada su actuación, se retiró del escenario.

Morris Lambert se sirvió un poco más de champaña, lo bebió y se puso en pie. Fue hacia uno de los camareros y sacó del bolsillo unas cuantas fotografías que le mostró.

—¿Conoce usted a este hombre?

—¡Oh, sí, señor! Lo he visto por aquí muchas noches. Pero esta noche no ha venido.

—Está bien. ¿Sabe usted su nombre?

—No, señor. Lo he visto, como le he dicho, en varias ocasiones precisamente sentado en una de las mesas de frente al escenario, pero no sé quién es.

—De acuerdo, gracias. Naturalmente, está usted seguro de no confundirse, amigo.

—Seguro, señor. Es el hombre que ha venido muchas noches seguidas.

—Muy bien. Hasta otra.

Morris fue hacia el fondo del local, abandonó éste hacia el amplio pasillo y luego llegó al que distribuía los camerinos. Un empleado del Baynight Club, a su requerimiento, le indicó cuál era el camerino de Goldchest Flowers y el teniente del Pólice Department se dirigió hacia allí.

Llamó con los nudillos y en seguida oyó la fina voz de la muchacha.

—¡Adelante!

Lambert entró y vio en el acto la rubia cabellera de Lucy Flowers asomando por encima del gracioso biombo a la derecha de la entrada. La muchacha lo miraba, a su vez, y por su rápida expresión que desapareció en seguida, Morris comprendió que lo había reconocido como el enérgico admirador de los fuertes aplausos.

—Buenas noches, señorita Flowers —sonrió el policía—. ¿Puede dedicarme unos minutos?

—Depende de cuántos sean esos minutos, señor..., señor...

—Morris Lambert —dijo éste—. Soy amigo de Oscar Bruckman. ¿Conoce usted al señor Bruckman?

La muchacha palideció intensamente. Se quedó mirando a Morris con gran fijeza y, de pronto, reaccionó parpadeando y asintiendo con el gesto.

—Así es —musitó—. Conocía al señor Bruckman, en efecto.

—¿Conocía? —Alzó las cejas Morris Lambert.

—Sí. Usted tiene que saber perfectamente que el señor Bruckman fue hallado asesinado esta mañana en una calle de Nueva York. Lo traen los periódicos, señor Lambert.

—Así es —asintió Morris—. Bueno, la verdad es que sólo quería saber si usted tenía alguna idea sobre lo que pudo suceder anoche.

—¿Yo? Por supuesto que no.

—Es que Oscar me había dicho que venía a verla con gran

asiduidad. Y yo he pensado que quizá tendría usted algo que pudiese servirme.

—¿Servirle, para qué? —se sorprendió Lucy Flowers.

—Pues no sé exactamente. Lo que ocurre es que Óscar y yo teníamos negocios en común y precisamente ayer no pudimos vemos en todo el día. Al haber sido asesinado esta noche he pensado que quizá usted tendría algo para mí de parte de él.

—Comprendo —murmuró Lucy Flowers—. Pero lo que me entregó ayer el señor Bruckman no lo tengo aquí sino en mi apartamento, señor Lambert.

—¡Ah! Bueno, no quiero resultarle molesto, pero quizá sería conveniente que la acompañase esta noche hasta su apartamento. ¿Le parece bien?

—La verdad es que no. Pero supongo que usted está decidido a recuperar lo que el señor Bruckman me entregó. ¿Acaso él no estaba en condiciones de ofrecérmelo?

—Creo que lo mejor será que esperemos a que usted me entregue lo que recibió de manos de él. Luego conversaremos sobre el particular.

—Estoy lista. Cuando guste podemos marcharnos.

—Por mí ahora mismo. Estoy impaciente por recuperar el estuche.

—Lo comprendo —murmuró ella, con tono de disgusto.

Subieron los dos al coche particular del teniente de policía y segundos después partían hacia la Avenida de las Américas donde dijo tener su apartamento Lucy Flowers.

—¿Siempre trabaja usted en Nueva York? —preguntó Morris.

—No. De vez en cuando hago pequeñas giras por todo el país. Por lo general, son pequeños contratos que duran ocho o diez días. Luego regreso siempre a Nueva York.

—Ya. Digamos que Nueva York es su base, pero que usted no desdeña desplazarse a cualquier otro sitio si le pagan bien.

—Así es. Me gusta tener un lugar fijo para residir.

Desde el coche vieron el Empire State Building que se elevaba desde la Quinta Avenida. Continuaron hacia Washington Square, que era donde tenía su apartamento Lucy Flowers. Poco después, Morris detenía su coche en el estacionamiento al aire libre frente al edificio donde tenía su apartamento Lucy Flowers.

Se apearon los dos del coche y la muchacha señaló hacia el edificio rodeado de bonitos jardines. Jardines que estaban protegidos de la calzada central de acceso al edificio por unos espesos setos.

—Allí es —señaló Lucy el edificio.

—Vaya... Observo que tiene usted buen gusto para elegir una residencia elegante, señorita Flowers.

—Es sólo un apartamento. Pero realmente estoy instalada con el suficiente confort.

—¿Vive usted sola?

—Sí. Por supuesto que sí. Me ha llamado usted señorita Flowers las suficientes veces como para que yo le hubiese corregido si no fuese señorita.

—No me refiero a que esté casada o no. Ya he comprendido que está usted soltera. Pero podría vivir con algún familiar. Con sus padres, por ejemplo, o algún hermano o.... en fin, cualquier familiar.

—Sí, entiendo. Pero no, la verdad es que vivo sola.

—Dicen que más vale vivir solo que mal acompañado.

—Y es verdad —asintió ella—. ¿Usted con quién vive, señor Lambert?

—Oh, también vivo solo. Soy un bicho un poco especial en este sentido.

—Entonces yo soy otro bicho —rió la muchacha.

Morris Lambert la miró de reojo y sonrió. Verdaderamente, Goldchest Flowers, tratada de modo personal y directo, resultaba espontánea, sincera y muy agradable. Tenía una risa que le producía fuertes escalofríos en la espalda... Y sólo de pensar en las grandes posibilidades que tenía una muchacha que con sólo reír le proporcionaba escalofríos, Morris Lambert volvió a sentir otro escalofrío aún más fuerte que los anteriores, más intenso.

—Supongo que no haya nadie raro. Sólo personas que gustan de vivir a su modo.

—A lo cual todos tenemos derecho —asintió Lucy.

Llegaron al edificio. Entraron en el portal, se metieron en el ascensor y la muchacha pulsó el botón del piso doce. Llegaron a éste, salieron del ascensor y Lucy señaló la puerta señalada con el 1294 frente al ascensor y muy cerca. Segundos después, introducía

la llave en la cerradura, empujaba la puerta y entraba. Encendió la luz y se volvió hacia Morris Lambert.

—Pase, señor Lambert, por favor.

—Muchas gracias —murmuró Morris.

Lucy cerró la puerta cuando él hubo entrado. Señaló hacia el fondo del amplísimo pasillo, y segundos después estaban ambos en el salón del apartamento.

—Tenga la bondad de esperar unos segundos, por favor.

—Sí. No faltaba más.

Goldchest Flowers abandonó el salón, dejando solo en éste al policía que miraba a todos lados con verdadero interés. La vida tiene ciertamente cosas muy curiosas.

Hacía unas horas que él estaba poco menos que platónicamente enamorado de Goldchest Flowers, la chica del *strip-tease* neoyorquino más hermosa que pudiera buscarse. Ni se le había ocurrido jamás que en un momento determinado él, Morris Lambert, estaría con esa misma chica a solas en el apartamento de ella. Aunque fuese en circunstancias... digamos honestas.

—Bueno —oyó la voz de Lucy Flowers—. Aquí lo tiene usted, señor Lambert.

Morris sonrió y tendió la mano. En ella quedó el estuche de suave terciopelo. Sin que un solo músculo de su rostro se alterase en absoluto, el policía abrió el estuche. Tampoco se alteró su rostro, ni hubo el menor destello de interés en sus ojos cuando vio la bonita pulsera de pequeños brillantes lanzando miles de destellos a todos lados. Sólo estuvo un par de segundos contemplándola antes de asentir con la cabeza, cerrar el estuche y guardárselo en un bolsillo.

—De acuerdo, señorita Flowers. Y ahora quisiera...

—Ahora, señor Lambert, da usted media vuelta, sale del salón, enfila usted el pasillo, llega a la puerta de mi apartamento, la abre, sale usted, cierra mi puerta y adiós, muy buenas noches.

—Pero, señorita Flowers, yo quisiera...

—Buenas noches, señor Lambert.

En realidad, Lambert estaba contento de la actitud de Goldchest Flowers. Pero sus intenciones eran llegar mucho más allá de una simple complacencia hacia el comportamiento moral de la muchacha. Las intenciones de él, como policía, eran saber qué significaba aquel brazalete y qué había significado realmente Oscar

Bruckman para Lucy Flowers cuando había llegado al punto de regalarle semejante pequeña fortuna en una joya.

Lo que de ninguna manera podía hacer Morris Lambert, tal como estaban las cosas en aquel momento, era echarlo todo a rodar y así habría ocurrido si de pronto le hubiese dicho a Lucy Flowers que él era policía y que estaba investigando el asesinato de Oscar Bruckman y sus relaciones con él. Comprendiendo esto y concediéndose a sí mismo un buen espacio de tiempo que significara toda la noche para meditar sobre el asunto, Lambert asintió con un gesto y se dirigió hacia la salida del salón.

Tras él oyó los pasos de Lucy Flowers que le acompañó hasta la puerta. La muchacha la abrió en silencio y también en silencio Morris Lambert salió. Ya en el pasillo, se volvió y musitó:

—Buenas noches, señorita Flowers.

—Adiós, señor Lambert.

CAPÍTULO IV

A la mañana siguiente, el teniente Lambert había tomado ya una decisión.

Se metió en su coche y fue hacia la Avenida de las Américas. Una vez allí, esperó a tener un lugar donde estacionar el coche, y una vez conseguido esto, se dispuso a pasar cuantas horas fueran necesarias allí vigilando el edificio donde viva Lucy Flowers.

Una de las cosas que podía hacer por sí mismo, sin tener que recurrir a hombres del departamento era tomar fotografías con teleobjetivo de las personas que entrasen o saliesen de aquel edificio. Y como iba preparado para ello, Morris Lambert a ello se dedicó. El edificio tenía dieciocho pisos y en cada uno de ellos, Morris había comprobado la noche anterior que había seis apartamentos. El total de personas que podían entrar y salir de aquel edificio era considerable. Pero todo lo que podía perder Lambert, aparte del tiempo, eran unos cuantos rollos de fotografía y no sería eso lo que arruinase al Pólice Department.

Lo tenía previsto todo. Incluso la posibilidad de que tuviese que quedarse a almorzar allí mismo frente aquel edificio. Y así fue. Hacia la una de la mañana, Lucy Flowers todavía no había salido del edificio y, por lo tanto, Morris tuvo que quedarse en el coche engullendo unos bocadillos y bebiendo una cerveza de lata mientras permanecía vigilante al vestíbulo del edificio por si entraba o salía alguien.

Una cosa curiosa ocurrió durante las largas horas de espera. Mientras permanecía allí en el coche solo y sin que nadie pareciese prestarle la menor atención, Morris Lambert no dejó de tener la inquietante sensación de estar observado, a su vez, por alguien que le contemplaba fijamente. Pero por más que, con disimulo, fue

mirando a todos lados e incluso volvió la cabeza para mirar por el cristal zaguero de su coche, no vio a nadie que le dedicase atención.

Y, sin embargo, la sensación molesta, inquietante de estar siendo observado no le abandonó ni un instante.

Hasta que, por fin, hacia las seis y media de la tarde apareció Lucy Flowers en el portal. Morris la estuvo mirando mientras caminaba por el pasillo de losas bordeado de setos que protegían el jardín y se fue deslizándose en el asiento de modo que la muchacha no pudiese verlo cuando pasó bastante cerca de él. Se irguió cuando calculó que ella se había alejado y, en efecto, así era. En aquel momento, Lucy Flowers estaba haciendo señas a un taxi. La vio meterse dentro, el taxi partió y Morris Lambert se dijo que había llegado el momento.

Lo tenía previsto todo, tan absolutamente todo, que el policía llevaba incluso una ganzúa adecuada para abrir la puerta del apartamento de Lucy Flowers.

Lucy Flowers llegó al Baynight Club cerca de las siete y media, cargada con unos paquetes que contenían las compras que la habían retrasado ligeramente sobre su horario normal.

Saludando a unos y otros, entró rápidamente recorriendo el pasillo hacia su camerino. Se vio en verdaderos apuros para abrir éste sin que le cayesen los paquetes, pero lo consiguió. Entró, y con los paquetes ocultando prácticamente todo su campo visual, llegó hasta el tocador por el instinto y conocimiento del terreno. Dejó los paquetes sobre el tocador y se volvió dispuesta a cerrar la puerta para comenzar a maquillarse de vagabundo desaharrapado y estar preparada así para su primer pase de aquel día en las atracciones del Baynight Club.

Y fue entonces, al volverse, cuando la strip-teaser pudo ver, asombrada, el estado en que se hallaba su camerino.

Caótico.

Sencillamente caótico.

Parecía que allí dentro hubiese habido un auténtico huracán. No había una sola cosa en su sitio. El biombo estaba desplazado, los diversos elementos de disfraz que tenía para sus variadas caracterizaciones estaban todos en el suelo apelotonados, habían sido removidos los cuadros, el tocador también había sido un poco desplazado... En fin, estaba todo tan revuelto, que el asombro de

Lucy Flowers se prolongó todavía durante algunos segundos sin que la muchacha pudiese comprender qué significaba aquello.

Por fin consiguió reaccionar y fue hacia la puerta. Pero no para cerrarla, sino para salir con gesto airado al pasillo.

—Larson —llamó.

El empleado del Baynight Club, encargado de cuidar que los artistas contratados estuviesen siempre instalados lo más confortablemente posible, apareció a los pocos segundos, y al ver quién era la persona que requería su presencia, se acercó sonriendo verdaderamente encantado.

—Diga, señorita Flowers.

La señorita Flowers no dijo nada. Tomó a Larson de un brazo y le hizo entrar en el camerino tirando de él suavemente.

Cuando Larson entró, la sonrisa se le quedó como congelada en la boca. Luego, ésta se abrió en un gesto de estupefacción perfectamente manifestado.

—¡Atiza! —exclamó por fin—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Eso es lo que me gustaría que usted me explicase —refunfuñó Lucy Flowers.

—¿Yo? —saltó el hombre—. ¿Cómo voy a saber yo nada relacionado con esta barbaridad? No tengo ni la menor idea.

—Bueno, pues alguien ha estado aquí y se ha dedicado a hacer un poco el bestia —dijo Lucy, evidentemente irritada—. Y me gustaría saber quién ha sido y por qué.

—De verdad, señorita Flowers. No sé de qué puede tratarse. Le aseguro que desde que he llegado al club no he visto a nadie que entrase o saliese de este camerino.

—Pues alguien ha entrado y ha salido. Y al parecer, se ha dedicado a fastidiarme la tarde... Ya llego con retraso y ahora aún perderé más tiempo dedicándome a colocar todas las cosas en su sitio.

—¿Le han robado algo? —Abrió mucho los ojos Larson.

—Claro que no. ¿Qué habrían de robarme aquí? ¿Algún disfraz? ¿Una barba postiza? ¿O un vestido viejo que uso en algunas de mis actuaciones? No hay nada aquí que valga la pena de entrar y remover el camerino.

—Pues no lo entiendo.

Lucy Flowers tampoco lo entendía. Finalmente, Larson se ofreció

a ayudarla a colocar las cosas en su sitio y la muchacha aceptó agradecida. Bajo su dirección, todo fue colocado tal como ella recordaba haberlo dejado la noche anterior al marcharse. Y una vez hecho esto comprobó que, efectivamente, no faltaba nada.

—Pues cada vez lo comprendo menos —refunfuñó Larson.

—Tampoco yo lo comprendo. Pero está claro que alguien estuvo aquí antes de que llegase usted al club, Larson.

—Bueno, ¿qué más da? Fuese quien fuere, simplemente ha perdido el tiempo. ¡Que se vaya al demonio!

—Mejor lo pasaría con el demonio que conmigo —asintió la disgustada strip-teaser—. Porque si llego a saber quién es, le aseguro que le rompería un paraguas en la cabeza.

Pearson entró en el coche, sentándose junto a Charles Stanton, que le miró en el acto con gesto interrogante.

—Ella ha llegado —dijo Pearson—. Por suerte, yo ya había salido de su camerino. Pero no he encontrado la cassette ahí dentro, señor Stanton.

—¿Lo has registrado bien?

—De arriba abajo, se lo aseguro. Además, ahí no hay ningún sitio donde esconder nada. Todo eran vestidos y disfraces y cosas así, que tenía muy bien colgados en una percha que hay detrás del biombo. El biombo está entrando a la derecha. Por allí nada. Enfrente está el tocador que tiene algunos cajones. No había nada en los cajones ni detrás del tocador. También he mirado detrás del espejo... En fin, señor Stanton, le aseguro que esa maldita cassette no está en el camerino.

—De acuerdo. Entonces, es que la tiene esa chica de los pechos de oro... Sí, seguro que lo tiene ella.

—Podemos entrar Doyle y yo en el club —dijo Pearson— y esperar a que la muchacha termine su actuación y charlar con ella en su camerino unos minutos. Si ella tiene la cassette puede estar seguro de que nos la entregará, señor Stanton.

—No. Las cosas no están así, Pearson —murmuró Charles Stanton—. Hay algo aquí que no encaja. Yo creo que si esa muchacha tuviese o hubiese tenido algo que ver con el puerco de Bruckman se habría asustado al enterarse de la muerte. Y no me digas que no se ha enterado porque eso es imposible. En primer lugar, él la visitó en su camerino, lo cual indica que tenían una

determinada relación. Y, en segundo lugar, ella ha tenido que ver los periódicos o escuchar la radio... Por lo tanto, sabe que Oscar Bruckman ha muerto y ella permanece tan tranquila en Nueva York, dedicada a su trabajo... No. Yo creo que esa jovencita no tiene ni idea de lo que está pasando.

—¿Cómo que no tiene ni idea? —refunfuñó Doyle.

—Oscar Bruckman, no nos engañemos, era un sujeto muy listo, Doyle. Quienquiera que fuese el que lo mató, desde luego debía ser poco menos que un gorila... Y me inclino a pensar que lo mató por motivos que nada tienen que ver con todos nuestros negocios y los que tenía y pensaba tener el propio Bruckman. Aquí hay algo que se desliga de nuestros asuntos. Del mismo modo que Goldchest Flowers no podía estar ligada a Bruckman en los negocios de éste. Lo que yo creo es que esa chica tiene la cassette..., pero sin saberlo.

—Bueno —refunfuñó Pearson—. Si no se explica usted mejor...

—Voy a explicártelo y muy bien. Y fíjate en que además es nuestra única posibilidad de recuperar esa cassette. Supongamos que Oscar Bruckman, que desde luego nos había visto, llegó a temer que le atacásemos directamente por haberle visto con Daniel Lawhort. Entonces, ¿qué haría él...? Desde luego no correría el riesgo de enfrentarse él solo, como estaba anoche, a nosotros llevando la cassette encima. Por lo tanto, cuando entró en el camerino de esa chica, tuvo que dejar la cassette allí. Y si ésta no está ahora en el camerino, significa que ella se la llevó a su apartamento.

—Entonces, tuvo que darse cuenta.

—No. Oscar Bruckman era listo de verdad, no lo olvidemos. Lo que debió hacer fue poner la cassette en el bolso de Goldchest Flowers y dejar que ella se fuese a su domicilio. Luego, él habría ido por allí con cualquier pretexto y habría recuperado la cassette, ya a salvo de nuestra posible persecución.

—Bueno... Podría ser, claro.

—Yo creo que es eso. Y ojalá que lo sea, Doyle. Porque si no es eso, significa que quien estranguló a Oscar Bruckman tiene la cassette que grabó el puerco de Lawhort. Y si esa cassette la tiene otra persona que no sea esa chica a la cual podemos arrebatarla pronto, no os quepa duda de que tarde o temprano nos van a fastidiar en grande.

—Entonces..., ¿qué hacemos?

—Sólo podemos hacer una cosa. Goldchest Flowers va a hacer pronto su primer pase. Luego se quedará a arreglar sus cosas en el camerino y algo más tarde, saldrá a tomar unos bocadillos o cenar más o menos bien en cualquier sitio cercano al Baynight Club, para regresar después tranquilamente, dispuesta a hacer su segunda función. Muy bien. Esto significa que tenemos tiempo más que suficiente para ir a registrar su apartamento. Es más, ni siquiera hará falta registrar el apartamento. Bastará con registrar los bolsos que tenga esa muchacha en su domicilio.

—¿Y cuál es su domicilio? —preguntó Doyle.

—Ya me ocupé de enterarme de eso esta misma mañana. Vamos hacia la Avenida de las Américas, Richards. Y ojalá que encontremos lo que buscamos en el apartamento de esa muchacha.

CAPÍTULO V

Naturalmente, Morris Lambert no había tenido la menor dificultad de entrar por sus propios medios en el apartamento de Lucy Flowers. Una vez dentro, se había dedicado con toda calma y con la habilidad de quien conoce cómo trabajan los de la profesión de desvalijadores de lo ajeno, a un registro minucioso y sistemático, pieza por pieza del apartamento.

En realidad, no había gran cosa que registrar. El apartamento constaba de un vestíbulo, amplio pasillo, un salón, dos dormitorios, cocina y cuarto de baño. La pieza que en definitiva podía resultar más interesante de todas ellas era el dormitorio y a él dedicó inicialmente Lambert sus pesquisas. En el dormitorio, con toda lógica, dedicó acción preferente al armario, dentro del cual no encontró absolutamente nada de particular, según su punto de vista.

Había varios bolsos y zapatos en la parte baja, haciendo juego unos con otros, en combinaciones de colores y comprendió que Lucy utilizaba determinado bolso cuando se ponía los zapatos del color correspondiente.

Por lo demás, en el armario había ropas elegantes y finas y prendas íntimas que hicieron sonreír al teniente de homicidios.

Pero, en definitiva, lo único que había llamado su atención fue el puñado de cartas y tarjetas postales que encontró en uno de los cajoncitos del armario.

Todas las cartas y las tarjetas postales estaban escritas en unos términos verdaderamente cariñosos. Y algunas de ellas pasaban de cariñosos. Al parecer, había muchos hombres que estaban locamente enamorados de Lucy Goldchest Flowers.

Continuó examinando las cartas y las tarjetas postales. Había incluso varias de una institución para minusválidos. Atónito, Morris

vio que varias de esas postales mostraban la fotografía de la institución Chessman para minusválidos de Bound Brook. La fotografía, a todo color, mostraba el edificio rodeado de un bonito jardín.

«Vaya —movió la cabeza Morris—. Pasmoso. En verdad pasmoso. Me pregunto si alguno de los alojados en esta institución para minusválidos habrá visto actuar a Goldchest Flowers».

Como fuese, allá estaban las pruebas de la ferviente admiración de un buen puñado de hombres hacia Lucy Goldchest Flowers.

A falta de mejor cosa que hacer después de la decepción sufrida al no encontrar en el apartamento nada que mereciese su interés, Morris Lambert optó por leer alguna de aquellas cartas y tarjetas postales.

Dos de aquellas cartas eran francamente bestiales, casi obscenas, lo cual ponía a Lucy Flowers en una situación un tanto peculiar respecto a la opinión que Morris Lambert debía tener de ella sobre su moralidad.

Otras cartas eran simplemente cariñosas. Otras expresaban una ingenuidad realmente pasmosa en hombres que mencionaban su belleza. En otras se hablaba de Lucy Flowers en irnos términos poco menos qué angelicales. En otras se le ofrecía como suele decirse, vida y hacienda hasta que la muerte los separase.

Y, en fin, algunas eran simplemente graciosas al menos a juicio de Morris, como por ejemplo, aquella que decía:

«Querida Lucy: Ven pronto, que vamos a organizar una buena, de la que se va a hablar largo y tendido durante siglos. Te adora:

»Jimmy».

O esta otra que decía:

«Amada Lucy: Ya sabes con qué ansias espero el día en que vuelvas a visitarme y me traigas esas cosas que a mí me gustan. Pero ten cuidado, porque la próxima vez me va a dar tanto gusto verte que te voy a morder.

Recibe setenta mil mordiscos de tu amado:

»Johnny».

O esta otra, no menos interesante en cuanto a picardía:

«Adoradísima pecho de oro:

»Estoy aquí esperando que tu presencia llene de colorido mi vida y dé ansias de vivir a todo mi esqueleto. Ya sabes que sólo soy feliz cuando te veo, así que sé generosa y procura venir a ver más a menudo a tú más grande y ferviente admirador que te estrecha entre sus brazos y te besa la boquita.

»Michael».

Morris Lambert soltó un bufido y decidió que era mejor no continuar repasando aquella correspondencia realmente tan íntima y expresiva. Tras constatar que las tarjetas postales eran lo que más abundaba y que procedían prácticamente de todos los puntos del país, las volvió a dejar todas bien ordenadas en el cajón donde las había encontrado y finalmente, cerró el armario.

Echó una mirada a su reloj y se dijo que lo mejor era abandonar el apartamento, ir a tomar unos bocadillos por ahí y volver al Baynight Club para iniciar un nuevo contacto con Lucy Flowers. Un nuevo contacto en el que intentaría obtener una mayor información sobre la mentalidad de Lucy Flowers y la clase de vida que realmente llevaba ésta. Porque francamente, una chica que además de enseñar los pechos embadurnados de purpurina todos los días conservaba una correspondencia semejante, no parecía ni mucho menos la persona más adecuada para ser esposa de un teniente de la policía.

Morris apagó la luz del dormitorio que era la pieza que estaba más al fondo del apartamento y se dirigió hacia el pasillo que le conduciría a la puerta.

¿Quizá había olvidado registrar alguna parte o rincón de la casa?

El apartamento estaba a oscuras en aquel momento, pero lo

conocía ya lo suficiente para saber por dónde caminaba.

Se desvió hacia el salón, fue hacia uno de los sillones, ahora viendo bastante bien, debido a la luz exterior y se sentó. Sólo pensaba dedicarse a reflexionar cuatro o cinco minutos. Durante los dos primeros, con todo método, fue repasando mentalmente lo que había hecho desde que llegara al apartamento y los lugares que había examinado.

Sólo dos minutos estuvo dedicado a esto, porque fue entonces cuando en el silencio del apartamento, a sus oídos llegó con toda nitidez un sonido metálico.

Se irguió en el sillón y aguzó el oído.

Sí.

En efecto. Desde la puerta del apartamento estaba llegando un sonido metálico. Y el teniente de homicidios no tardó más de otro par de segundos en comprender de qué se trataba. Simplemente alguien, igual que había hecho él hacía una hora y pico, se proponía entrar en el apartamento de Lucy Flowers por sus propios medios.

Morris se puso en pie y se acercó a la puerta del salón, metiendo la mano derecha bajo el lado izquierdo de su chaqueta. Pero apenas tocar la pistola, tuvo otra idea que le pareció mucho mejor que dar el alto a la persona que se proponía entrar allí. Esperar a que lo hiciese y también ver cuál era el objeto de su visita.

Así pues, Morris Lambert permaneció inmóvil hasta que supo que la puerta del apartamento se había abierto. Una gran claridad se expandió por el apartamento cuando la puerta de éste fue abierta y cerrada rápidamente. Tras el seco golpe del cierre, la oscuridad relativa volvió a reinar allí dentro, sólo tamizada por las luces de la calle que penetraban por el amplio ventanal del salón.

Morris Lambert se deslizó en silencio hacia detrás del sofá y allí se acuclilló. Estaba oyendo perfectamente los pasos de un hombre que se iban acercando.

Un instante después, la luz del salón se encendió.

—No creo que lo tenga aquí —oyó la voz de un hombre que hablaba consigo mismo.

La luz quedó encendida, pero los pasos del hombre se alejaron por el pasillo hacia los dormitorios. Morris Lambert se irguió y pasó a ocultarse detrás de un sillón que estaba más cercano a la puerta. Desde allí, seguía oyendo las pisadas del hombre, cuyo rostro

todavía no conocía. Le oyó abrir la puerta de uno de los dormitorios y refunfuñar algo y cerrarla. Aquella puerta evidentemente, tampoco le interesaba. Y poco después le oyó lanzar una exclamación satisfecha y comprendió que era debido a que había entrado en el dormitorio de Lucy Goldchest Flowers.

Al parecer, el hombre sabía lo que quería y hasta le pareció a Morris Lambert que sabía dónde buscarlo, porque a los pocos segundos oyó abrirse el armario.

Y tan sólo medio minuto más tarde, oyó la exclamación verdaderamente alegre y triunfal de aquel sujeto desconocido.

—¡Aquí está! —dijo el hombre—. ¡La madre que la parió! ¿Qué demonios...?

Luego oyó el ruido del armario al ser cerradas sus puertas y en seguida las rápidas pisadas del hombre por el pasillo. Dentro de unos pocos segundos pasaría por delante de la puerta del salón hacia la del apartamento.

Muy bien.

Para llegar a esta puerta, por supuesto, quienquiera que fuere tendría que vérselas antes con Morris Lambert. El cual apareció en el pasillo justo cuando el hombre llegaba por éste, procedente del dormitorio y pasaba por delante del salón.

Al verlo, el hombre lanzó un respingo tremendo y acto seguido, con un gesto frenético, llevó la mano derecha a la axila izquierda. Era un gesto muy clásico y que incluso Morris Lambert había hecho hacía unos pocos minutos.

Tan clásico era el gesto, que el teniente de homicidios comprendió que no debía perder ni un instante en consideraciones. Así pues, mientras el sujeto realizaba ese gesto, él se limitó a alzar con fuerza su pierna derecha. El puntapié acertó a Doyle entre ambas piernas y le arrancó un auténtico berrido de dolor.

Sin embargo, todavía insistió y consiguió sacar la pistola. Para entonces, Morris Lambert había adelantado dos pasos y estaba tan cerca de Doyle, que sólo tuvo que alargar el brazo izquierdo para sujetar la muñeca derecha del sicario de Charles Stanton.

—¡Quieto ahí, amigo! —masculló Morris—. Por si le interesa soy...

Doyle, dolorido y furioso, no parecía ni mucho menos dispuesto a escuchar la explicación que tan amablemente estaba iniciando

Morris Lambert, y con el puño izquierdo lanzó un puñetazo al rostro del policía. Morris encajó el trastazo como buen deportista. Pero considerando que donde las dan las toman, el juego continuó.

Y, por supuesto, a su favor.

Él tenía libre el puño derecho, así que mientras seguía manteniendo apartada la mano izquierda de Doyle, lo lanzó contra la narizota de éste. El impacto fue tremendo. La cabeza de Doyle fue hacia atrás y adelante, como si fuese un *punching-ball* para entrenamiento. Al mismo tiempo, y puesto que las cosas se estaban poniendo realmente serias, Morris Lambert recogía con su mano izquierda la muñeca de Doyle, que lanzó otro alarido de dolor e intentó replicar a la contundencia agresiva de Morris Lambert.

Lo mejor que podría haber hecho Doyle era desde el primer momento acatar las indicaciones del policía. Comoquiera que pese a los primeros golpes insistió en no admitir la superioridad física de aquél, recibió el siguiente puñetazo en el pómulo derecho, que se abrió como si fuese de simple mantequilla.

Y aún no tuvo suficiente Doyle, por lo que insistió en golpear otra vez a Morris Lambert.

Éste, ya realmente fastidiado, arrancó la pistola de la mano derecha de Doyle y con ella misma, le golpeó en lo alto de la frente.

Doyle cayó derrumbado ante sus pies, de rodillas. Y antes de que pudiese continuar resistiéndose a Morris Lambert, éste le derribó de lado con un certero puntapié aplicado bajo la oreja izquierda.

Doyle quedó semiaturdido y Morris aprovechó tal circunstancia para apoderarse de la pistola, guardarla en un bolsillo y luego puso boca arriba a aquel hombre desconocido para él. Miró los ojos de Doyle, que estaban velados por la semiinconsciencia. Pero Morris Lambert hacía ya mucho tiempo que no se fiaba de nadie, así que registró rápidamente a Doyle en busca de otra pistola, o una porra, o una navaja, un punzón o cualquier otro objeto que pudiera ser utilizado como arma peligrosa.

No encontró nada de esto.

Lo que encontró fue la billetera de Doyle, cigarrillos, llaves, un encendedor, pañuelo y una cassette.

Para entonces, Doyle estaba ya regresando de su semiinconsciencia, y ya había comprendido quién dominaba allí la situación. Estaba mirando fijamente a Morris, el cual, dándose

cuenta de que Doyle se hallaba de nuevo totalmente consciente, lo asió por el pecho, le puso en pie y le arrinconó con un brusco empujón contra la pared.

—Muy bien, amiguito. Va a decirme ahora mismo qué es lo que ha venido a buscar aquí. Y sé que lo ha encontrado, porque he oído su exclamación de alegría.

—¿Quién es usted? —jadeó Doyle.

—No tengo inconveniente en decirlo. Mi nombre es Morris Lambert, y soy teniente de homicidios del Pólice Department, de la ciudad de Nueva York. Espero que éstas sean unas buenas referencias para usted.

—Está bien —jadeó Doyle—. Está bien, se lo diré. He venido aquí a ver si había algo de dinero.

—Interesante. ¿Y ha encontrado mucho dinero?

—No. No había nada. Esa fulana debe tenerlo bien escondido.

—Al decir fulana..., ¿se refiere a Lucy Goldchest Flowers?

—Claro.

Doyle se ganó otro tremendo puñetazo en corto al estómago, que lo dejó ya tan pálido como un muerto.

Y casi simultáneamente, recibía un zurdazo en el hígado que le dejó transido de dolor, paralizado completamente. Morris Lambert lo agarró por el cuello de la chaqueta y lo llevó a rastras al interior del salón, donde lo arrojó en uno de los sillones.

—Le voy a decir lo que ha venido usted a buscar aquí.

Y por supuesto, lo ha encontrado, porque su exclamación de alegría ha sido para mí reveladora. Veamos, esto es una billetera que, puesto que contiene una documentación de hombre a nombre de Harry Doyle, tengo que comprender que es de usted. Porque dudo mucho que sea de Lucy Flowers, ¿estamos de acuerdo?

Harry Doyle asintió con un gesto. Por el momento, no podía hacer otra cosa.

—Muy bien —aceptó con amable sonrisa Morris Lambert—. Entonces, quedamos en que la billetera, sus documentos y los billetes que hay en ella, son de usted. Ahora, veamos qué más cosas hay. Un pañuelo grande y limpio, pero por supuesto no es el que usaría una joven tan encantadora y delicada como Lucy Flowers. Por lo tanto, también el pañuelo es de usted. El encendedor es de buen precio, pero es muy grande. No es un encendedor que usaría

Goldchest Flowers. Los cigarrillos... Bueno, los cigarrillos pueden ser de cualquiera, porque a fin de cuentas no creo que hagan cigarrillos especiales ni para Goldchest Flowers ni para nadie. Por lo tanto, vamos a dejarlos, ya que carecen de importancia... Y así viendo cosas, llegamos a las llaves y a esta cassette. ¿Cuál de las dos cosas ha despertado su alegría, amigo Doyle?

—Las llaves —pudo jadear por fin Doyle—. Quédese las y deme todo lo demás.

—Es usted un tipo verdaderamente chistoso. Viene a un domicilio ajeno a desvalijarlo, se encuentra con un policía, se resiste a él y ahora dice que me quede con lo que quiera y aquí no ha pasado nada. ¡Vamos, hombre, despierte!

—Usted no tiene derecho a retenerme.

—¡Qué bárbaro, amigo! —exclamó en verdad divertido Morris Lambert—. Tiene usted la cara más dura que la superficie de un acorazado. Dígame, ¿qué significan estas llaves para usted?

—No lo sé.

—¿No lo sabe? De acuerdo. Póngase en pie y camine hacia la puerta. Nos vamos al Pólice Department y allí acabaremos de arreglar nuestro asunto. Vamos, no sea estúpido. Puedo llevarlo a la fuerza, con un par de mamporros más. ¿Es eso lo que quiere?

Doyle movió negativamente la cabeza y se puso en pie. Le dolía terriblemente el estómago y así lo evidenció, haciendo una mueca. Pero sabía ya que enfrentarse a Morris Lambert y más estando desarmado, era perder el tiempo.

Poco después, los dos hombres salían del apartamento. Morris Lambert seguía conservando su pistola en la funda axilar y en el bolsillo derecho exterior de la chaqueta, empuñaba la de Doyle, que caminaba ante él.

El policía llamó el ascensor y poco después descendían los dos. Llegaron al vestíbulo, lo cruzaron y salieron a la calle. Ya era de noche. Ante ellos se extendía el amplio pasillo empedrado, con césped entre las grandes losas y flanqueado por los hermosos setos de protección de los jardines que rodeaban el edificio.

—Camine con naturalidad y tranquilo —señaló hacia delante Morris, con la mano izquierda—. Pero no olvide en ningún momento que las balas corren más que las personas.

Harry Doyle asintió y continuó caminando. Por todos los

medios, evitó pronunciar una sola palabra o mirar a Lambert, temiendo que éste pudiese adivinar, por la expresión de su rostro o de voz, las esperanzas respecto a lo que muy pronto tenía que suceder.

Y en efecto, algo sucedió.

Pero ni mucho menos lo que había esperado Harry Doyle.

Éste vio aparecer el coche de Charles Stanton, con Richards al volante cuando llegaron al extremo de la diminuta avenida ajardinada y desembocaron en la acera de la avenida normal. Ver el coche aparecer e iluminarse de alegría el semblante de Harry Doyle, fue todo uno.

Un instante después, el mismo rostro expresaba una angustia terrible, producida por la sorpresa y el dolor de las balas que se habían clavado en su vientre.

Mientras tanto, junto a él, y un poco detrás, Morris Lambert había saltado hacia atrás, rodando por el enlosado suelo en busca de la protección de los setos y sacando la mano derecha armada con la pistola.

Por encima de él habían restallado dos balazos, uno de ellos tan cerca, que en realidad la bala había pasado entre sus cabellos.

Ya perdido de vista el coche, y haciendo caso omiso a la gente que gritaba y comenzaba a aparecer por todos lados, Morris Lambert corrió hacia Harry Doyle. Con todo cuidado, le dio la vuelta y lo colocó boca arriba. Lo primero que vio fue aquella gran angustia en los ojos de Doyle, que mostraban una mirada perdida, una expresión ausente. Luego, vio sus manos como clavadas en el vientre, que parecía un manantial de sangre.

—¡Dios mío! —Oyó una voz femenina por detrás de él.

Morris se volvió y ordenó secamente:

—¡Aléjense todos, por favor! Y que alguien avise al Pólice Department y pida también una ambulancia. ¡Vamos, obedezcan!

El tono del teniente de homicidios no admitía réplica y los curiosos se alejaron unos cuantos pasos. Se estaba oyendo ya de todos modos la sirena de un coche patrulla y a los pocos segundos, Morris Lambert veía aparecer la giratoria luz azulada por entre el denso tráfico de la cercana Washington Square.

Doyle estaba hablando. Decía cosas que Lambert no entendía y se inclinó más hacia él.

—¿Qué dice, Doyle?

Éste desvió los ojos y por unos segundos su mirada pareció regresar de la lejanía y concentrarse en Lambert.

—Dolor..., dolor... —decía Doyle.

—No le entiendo muy bien, pero por supuesto debe usted sentir dolor. Y creo que habrá comprendido ya que los hombres que iban en ese coche no pretendían cazarme solamente a mí, sino también a usted, Doyle. ¿Eran amigos suyos?

—Cassette —jadeó Doyle— cas... cassette.

Morris Lambert comprendió en el acto. Comprendió que Doyle había comprendido la jugada de sus amigos. Y supo lo que estaba tratando de decirle en postrera venganza hacia aquéllos.

—¿La cassette? ¿Quiere decirme que lo que fue a buscar al apartamento de Lucy Flowers es la cassette?

La afirmación de Doyle fue apenas audible, así que Morris Lambert se inclinó todavía más hacia él, de modo que su oreja casi entró en contacto con los labios del sicario de Charles Stanton. Pudo oír un sí debilísimo y luego el silencio.

Un silencio completo en todo el cuerpo de Harry Doyle.

Un silencio total, absoluto. Y una inmovilidad en todos sus órganos. De su boca, no brotaba ya ni siquiera el leve soplo de aire que había precedido a sus anteriores jadeos.

CAPÍTULO VI

—Dinamita —dijo por fin Lewis Cassidy—. Maldita sea mi estampa. Esto es pura dinamita, muchacho.

Morris Lambert, que había quedado tan afectado como su jefe al escuchar la cinta en un magnetófono conseguido en la sección de material, asintió con un gesto. Todavía estaba estupefacto. Pero la alegría y una comprensible excitación, sustituyó pronto a la estupefacción.

—En efecto, señor. Dinamita pura. Si todo esto es cierto, vamos a hacer una redada tremenda en toda la ciudad de Nueva York.

—Bueno, no podemos saber si es cierto o no, pero tenemos la ocasión de iniciar una acción que podría dar óptimos resultados. En mi opinión, deberíamos...

La puerta del despacho del capitán Cassidy se abrió y apareció el sargento Butchers. Inmediatamente, vio a Cassidy sentado tras la mesa, a Morris Lambert sentado delante en una de las butacas y sobre la mesa, el magnetófono que en aquellos momentos permanecía silencioso.

—Llego tarde para la audición, ¿verdad? —refunfuñó Butchers.

—Así es —dijo Cassidy—. Pasa y siéntate. Vamos a resumirte el contenido de esta cinta grabada. ¿Sabes quién es Kenneth Alien?

—Hombre, claro —parpadeó Butchers—. Kenneth Alien es el ayudante del fiscal general de Nueva York. ¿No es eso?

—Eso es —asintió Cassidy—. Pues bien, nuestro buen amigo Kenneth Alien, hasta ahora espejo de virtudes y sinónimo de honradez y lealtad hacia la justicia, es el tipo más canallita que puedas buscar en todo el país. ¿Qué dirías que está tramando Kenneth Alien?

—No tengo ni idea —masculló Butchers.

—Pues nada menos que la instalación de unos cuantos garitos de altos vuelos en la ciudad. Ya sé, ya sé... Hay bastantes garitos esparcidos por ahí, donde se juega dinero en abundancia. Pero la mayoría de ellos los tenemos controlados y de cuando en cuando, damos una pasadita para que no se extralimiten. Se puede ser tolerante hasta cierto punto... Pero lo que Kenneth Alien pretende, respaldado por un fuerte grupo de gente importante de la ciudad que colabora con su dinero, es la instalación de seis auténticos garitos, que dejarían en pañales las grandes casas de lujo de Las Vegas, pongo por caso.

—Eso es imposible —exclamó Butchers.

—Puede parecer imposible, pero Kenneth Alien tiene buenos recursos para iniciar este negocio. En esta cinta está grabada una conversación entre él y nuestro antiguo amigo Charles Stanton, en la que se definen bastantes puntos interesantes del negocio. Entre ellos, por ejemplo, se mencionan varios funcionarios de la policía y los tribunales dispuestos a aceptar soborno, según las circunstancias para que todo vaya como una seda en esas seis casas de juego. Es decir, que unos actuarían de tapadera y otros echarían tierra al asunto, si se llegaba a descubrir algo de lo que está ocurriendo.

—¡Mi madre! —jadeó Butchers—. Esto tiene aspecto de ser muy importante, capitán.

—Lo es. Ya conoces a Charles Stanton. Es un tipo tan granuja como lo era Oscar Bruckman... Pero granujas inteligentes, por supuesto, de esos que saben desenvolverse e incluso tienen una cierta clase. Y ahora, fíjate bien, Sam. Tenemos a Oscar Bruckman, muerto. Tenemos a Charles Stanton a nuestra merced si utilizamos el contenido de esta cassette. Y tenemos también en nuestras manos nada más y nada menos que a Kenneth Alien, también gracias a esta grabación.

—Usted sabe, capitán, que las grabaciones magnetofónicas no son aceptadas como pruebas decisivas en un juicio.

—Lo sé perfectamente. Pero a nosotros, puede bastarnos con saber lo que está tramando Alien, otras personas adineradas de la ciudad y el granuja de Charles Stanton para empezar a trabajar, ¿no te parece?

—Lo que el capitán trata de decir, Sam —intervino pensativamente Lambert—, es que si nosotros utilizamos la

grabación no para llevar a Kenneth Alien a un tribunal, sino para presionarlo a él directamente, podemos conseguir que se derrumbe. Con lo cual, pondría en nuestras manos todo el tinglado que se está organizando. Y entonces, por poco que examinásemos el asunto, nos daríamos cuenta de que en una sola operación habría desaparecido un granuja elegante como Oscar Bruckman. Otro tan elegante como él e igualmente importante dentro del ambiente delictivo de la ciudad como es Charles Stanton. Y además de esto, quitaríamos de en medio a un servidor de la ley corrompido como es Kenneth Alien y daríamos una buena lección a los capitalistas de este negocio del juego que se está montando. A mí me parece una auténtica operación de limpieza.

—Lo es —admitió entusiasmado Butchers—. ¿Cuándo empezamos?

—Calma —alzó las manos Lewis Cassidy—. Las cosas de esta importancia no deben hacerse de cualquier manera. Yo creo que debemos estudiar detenidamente el asunto y nuestra línea de conducta.

CAPÍTULO VII

Por el momento, Morris Lambert tuvo que contentarse con ver a Lucy Goldchest Flowers en el escenario, lo cual, a fin de cuentas, no era poco.

Ocupó la misma mesa que la noche anterior y también pidió champaña. Todavía no había llegado el momento de decirle a la muchacha que era policía. Al menos, eso creía él.

En la función, Goldchest Flowers tuvo como siempre todo un exitazo. La apoteosis llegó cuando llegó al final de su numerito, muy seria ella, muy embadurnada de purpurina, ella. Morris Lambert frunció el ceño, pero sus ojos no se apartaron del espléndido cuerpo de la strip-teaser que, tras saludar, desapareció por un lado del escenario acompañada, como siempre, de los fervorosos aplausos de los entusiasmadísimos clientes.

Morris dejó unos billetes sobre la mesa y se fue hacia la puerta del fondo del local. Segundos después, estaba llamando a la puerta del camerino de Lucy Flowers.

—Adelante —oyó la voz de ésta.

El policía entró mirando ya hacia el biombo, por encima del cual, en efecto, sobresalía el lindo rostro de la muchacha. Ella frunció el ceño al verlo, pero Morris no le dio tiempo a decir nada.

—Un momento, por favor —alzó las manos en gesto de paz—. En realidad, solamente he venido a pedirle disculpas, señorita Flowers.

—¿Cree necesario tomarse tanta molestia? —preguntó ella.

—Sí. Por mi parte, no quise ofenderla en modo alguno y la verdad es que me pregunto si es que realmente lo hice. Pero si así fue, por favor, discúlpeme.

Diciendo esto, el policía sonrió lo más amablemente que pudo. Y

a fin de cuentas, Morris Lambert no era ningún monstruo, sino todo lo contrario, y cuando sonreía resultaba todavía más atractivo. Cuando fue a darse cuenta, Lucy Goldchest Flowers estaba también sonriendo y mirando con complacencia al visitante.

—Está bien, señor Lambert. No soy una persona rencorosa ni mucho menos... ¿Le ha gustado mi trabajo de hoy?

—Por supuesto. El de ayer, también. Y estoy seguro de que, si estuviese mil años viéndola trabajar, seguiría encantándome.

—¡Caramba! —Abrió mucho los verdeazules ojos la bellísima Lucy—. Hoy viene usted en un plan verdaderamente simpático.

—Bueno, yo creo que en la vida hay momentos malos y momentos buenos. Ayer era un momento malo y hoy es un momento bueno. Lo importante es saber soportar los momentos malos y sacar partido de los buenos.

—¡Qué barbaridad! —rió alegremente la muchacha—. Está usted hecho todo un filósofo.

—No. Más que nada, es que soy bastante inteligente.

Lucy Goldchest Flowers volvió a reír y el policía se quedó mirándola embobado. Hasta que ella se dio cuenta de que charlando con él estaba todavía desnuda detrás del biombo en el que tenía colgadas sus ropas. Entonces, dejó de reír y señaló la puerta.

—Si quiere esperarme fuera...

—No, no. Simplemente me volveré de espaldas. Todo esto sin ánimo de ofenderla, me parece bastante gracioso, después de haberla visto en el escenario. Pero —alzó de nuevo las manos—, voy a respetar su actitud, por supuesto.

—Muchísimas gracias. Y dígame, señor Lambert, ¿cuál es el objeto de su visita esta vez? Puesto que ya tiene el brazalete que me trajo el señor Bruckman...

—Pues precisamente la visita está relacionada con el brazalete. En primer lugar, desde luego —aclaró rápidamente—, he venido a disculparme por lo de anoche. Y, en segundo lugar, he pensado que a fin de cuentas el brazalete donde mejor podrá estar será en su brazo.

—Realmente es muy hermoso. Pero no había pensado en ponérmelo... Quizá sí que esté bien en mi brazo.

—¿Cómo que quizá? —exclamó Morris—. Yo creo que estará

estupendamente. Permítame.

Morris tomó el brazalete y Lucy Flowers tendió su bracito derecho, donde en pocos segundos quedó colocada la joya. Como si estuviese contemplando una auténtica obra de arte, Morris Lambert retrocedió unos pasos, la miró, entornó los ojos, hizo «hum, hum, hum» y finalmente asintió, añadiendo en el acto un gesto aprobativo.

—Le queda estupendamente. Y ahora, vámonos de aquí. No quiero dar tiempo a sus admiradores para que asedien la salida de artistas.

—Señor Lambert, antes de salir de aquí quiero hacerle una pregunta. Y su respuesta decidirá mi actitud futura hacia usted.

—Ya sé cuál es la pregunta —sonrió Morris Lambert—. Va a adelantarse usted a mis intenciones y va a preguntarme, ¿quieres casarte conmigo, Morris?

—No —dijo seriamente la muchacha—. No es eso..., por el momento. La pregunta es: ¿estuvo usted esta tarde aquí, en mi camerino?

—Desde luego que no —se sorprendió Morris Lambert—. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque cuando llegué con el tiempo justo para la primera función, encontré todo el camerino revuelto.

—¿Quiere decir que alguien había estado aquí y lo había removido todo, como si estuviese buscando alguna cosa lo bastante pequeña que pudiese ser escondida?

—Así es —dijo Lucy—. Y este brazalete dentro de su estuche, es lo bastante pequeño para que pudiera estar escondido en este camerino.

—Ya —musitó el policía—. Bueno, supongo que usted está pensando que ocurre algo raro con este brazalete, ¿no es así?

—Pues, francamente, sí. Anoche, el señor Bruckman vino a traérmelo y se marchó a toda prisa, lo cual me resultó francamente sorprendente, extraño. Esa misma noche lo mataron. Y anoche vino usted a pedirme el brazalete. Esta tarde llego aquí y todo el camerino está revuelto... Yo creo que todo esto debe tener alguna explicación.

—Seguramente la tiene —admitió Morris—. Pero le aseguro que, en estos momentos, yo no puedo facilitársela. ¿Nos vamos a cenar?

—Usted parece no haberlo entendido, señor Lambert. Yo ceno entre una y otra función. Lo único que podría hacer a estas horas es aceptar tomar una copa con usted en cualquier sitio... que no sea el Baynight Club. Por favor.

—Bueno, pues en cualquier sitio.

Morris Lambert detuvo el coche estacionado en doble fila frente al bordillo. Más allá después de la acera, estaba el amplio pasillo embaldosado y flanqueado por grandes matas de setos protectores del jardín que rodeaba el edificio donde vivía Lucy Goldchest Flowers.

—Bueno —suspiró el policía—. Como ve, hemos llegado sanos y salvos al hogar, dulce hogar.

—Por el momento, es sólo mi hogar, señor Lambert —dijo risueña la muchacha—. Pero verdaderamente es usted simpático. He pasado muy bien este rato. Y ahora, creo que ha llegado el momento de despedirse.

—Por supuesto —asintió Morris—. Pero permítame que la acompañe hasta la puerta.

—¡Oh, no es necesario!

—Sé que no es necesario, pero será agradable —sonrió el teniente de homicidios.

—Si usted lo cree así... —sonrió también Lucy.

Salieron los dos del coche, pasaron a la acera y Morris tomó del brazo a Lucy, que lo miró y continuó caminando tranquilamente hacia el vestíbulo. Era cierto que lo habían pasado bien. Sobre todo ella que, posiblemente por primera vez, había departido tranquilamente con un hombre atractivo y joven sin que le hiciese proposiciones a las que estaba tan acostumbrada.

En cuanto a Morris Lambert, que caminaba más pensativo, la salida con Lucy, a la que había invitado a champaña en un par de sitios donde habían escuchado música y bailado, le dejaba tan grato recuerdo que, para su propio pasmo, estaba empezando a tomarse realmente en serio toda una cantidad de proyectos con respecto a Lucy Goldchest Flowers y él mismo.

—Bueno —dijo cuando ella se detuvo delante de la entrada al edificio—. Creo que lo menos que merezco ahora es la última copa. ¿No le parece, señorita Flowers?

Lucy Flowers se quedó mirando fijamente al teniente de policía

y en sus ojos comenzó a aparecer una expresión de clara decepción.

—¡Oh, no, por favor, Morris! —musitó—. Tú, no.

—Yo no, ¿qué? —musitó también Morris Lambert.

—Te ruego que no insistas en subir. Por favor..., por favor, Morris.

—Puesto que has iniciado el tuteo, lo cual sugiere una mayor intimidad, no veo qué tiene de malo que aprovechemos esa intimidad para tomar una copa juntos en un lugar íntimo, precisamente.

—Te estoy suplicando que no me decepciones, Morris —susurró de nuevo la muchacha.

—A decir verdad, quien está quedando muy decepcionado soy yo —frunció el ceño Morris Lambert—. Te he resalado un brazalete que vale unos buenos miles de dólares. Yo creo que eso bien merece cuando menos una noche de... amistad..., cariñosa, me entiendes.

Dicho esto, Morris Lambert se lanzó a todo gas a la última prueba. La prueba que tenía que decidirle a pensar muy seriamente aquella noche en sus proyectos futuros con respecto a Lucy Flowers. Tomó a la muchacha por ambos brazos, la atrajo suavemente y la besó en los labios.

Lucy Goldchest Flowers no se movió. No se movió ni siquiera cuando una mano de Morris Lambert se deslizó hacia su cintura, como complemento del beso que estaba recibiendo en los labios.

Sólo se movió cuando, finalmente, Morris Lambert la apartó de sí y susurró:

—¿Y bien? ¿Subo o no subo?

La respuesta de Goldchest Flowers fue en verdad muy expresiva.

El bofetón acertó a Morris Lambert en plena mejilla izquierda y fue realmente tan fuerte, que lo hizo tambalearse un instante. Y mientras él lanzaba una exclamación y se quedaba mirando a la muchacha, ésta se quitó rápidamente el brazalete de brillantitos y se lo tiró a la cara.

—Y puedes quedarte con esto también. Espero que te haga el mismo provecho que a mí tu beso. Es decir, que te sirva de veneno.

El brazalete había chocado en el pecho de Morris y desde allí, cayó al suelo. El policía se inclinó a recogerlo y mientras lo hacía, también el estuche de terciopelo cayó a sus pies. Lo recogió, se irguió y miró a Lucy Flowers, que estaba abriendo la puerta del

vestíbulo del edificio.

Morris Lambert pudo en aquel mismo momento haber dado a Goldchest Flowers toda clase de explicaciones. Pero estaba tan contento que prefirió no decir nada precisamente en aquel momento en que Lucy Flowers debía estar furiosísima con él.

Así pues, sonriendo de un modo que desconcertó a la muchacha, cuando tras cerrar la puerta de cristal lo miró, Morris permaneció allí inmóvil hasta que el ascensor en el que subía Lucy Flowers hacia su apartamento, desapareció del ámbito del vestíbulo. Entonces el policía puso cuidadosamente el brazalete dentro del estuche y regresó por el amplio paseo enlosado hacia donde estaba su coche.

Llegó allá en pocos segundos, se sentó ante el volante... y antes de que tuviese tiempo ni siquiera de captar la extraña sensación desconocida en el interior del coche, notó el tremendo golpe en su garganta y la fortísima presión hacia atrás.

En un instante, Morris Lambert comprendió lo que estaba ocurriendo.

CAPÍTULO VIII

Sí.

En una fracción de segundo, el teniente de homicidios supo que tenía clavada en su garganta la poderosísima mano que había estrangulado ya anteriormente por lo menos a seis hombres.

Este convencimiento y por supuesto el instinto de conservación, le hizo reaccionar con toda su potencia, lanzando un fortísimo codazo hacia atrás, mientras intentaba desprenderse de aquella garra, haciendo girar los hombros y por tanto, creía él, también el cuello.

El codazo acertó en el brazo de aquella mano, pero fue lo mismo que haber golpeado el tronco de un árbol. En cuanto a su cuello, Morris Lambert no sólo no pudo moverlo en su intento de violento giro, sino que crujió como si la cabeza fuese a ser arrancada igual que una florecilla.

Aterrado, se dio cuenta de que la persona... o el ser que tenía en el asiento de atrás y que le estaba estrangulando con aquella sola mano, forzando todo su cuerpo contra el respaldo del asiento, tenía una fuerza tal que cabía incluso sospechar que no fuese humana.

Pero todo esto eran comprensiones en la mente de Morris Lambert, que duraban simplemente fracciones de segundo. Lo que prevalecía en la mente del policía seguía siendo el instinto de conservación.

Un instinto de conservación que le hizo recordar que a fin de cuentas, él tenía una pistola en la axila izquierda y que estaba legalmente autorizado a utilizarla..., sobre todo cuando se trataba de defender la propia vida.

Así pues, mientras aquella mano de auténtico hierro le iba apretando el cuello, estrujándolo todo, asfixiándolo, provocando

crujidos y dolores mil, el teniente de homicidios metió la mano derecha hacia la axila izquierda y sacó de un rápido tirón su «Colt» 38 de reglamento.

Detrás de él oyó una exclamación de sobresalto y acto seguido, la poderosa garra todavía apretó más. Deslizándose ya hacia la negrura de la inconsciencia, Morris Lambert levantó su codo derecho de tal modo, que pudo apuntar con la pistola hacia atrás. Apretó el gatillo. El estruendo del disparo fue terrible dentro del coche, donde la presencia de la pólvora quemada se notó en seguida.

Tras él había sonado más que un grito de dolor, un respingo de sobresalto. Morris Lambert volvió a apretar el gatillo, pese a haber comprendido ya que la dirección de sus disparos no era la correcta. Pero las balas, rebotando en la plancha del techo, estaban preocupando seriamente al desconocido estrangulador.

Disparó todavía una tercera vez y entonces sí oyó un gemido de dolor. En el acto, la garra que apretaba su garganta aflojó la presión considerablemente. Orientado por los gemidos que oía tras él, Morris giró su brazo derecho de tal modo, que ahora estaba convencido de que el próximo disparo acertaría al hercúleo personaje que le estaba estrangulando.

Y este personaje debió comprender su auténtico peligro aquella vez, porque la mano soltó el cuello de Morris y golpeó la mano armada de éste.

Fue un golpe tremendo, verdaderamente digno de aquella fortísima mano, que parecía inhumana. Tan fuerte, que ya suelto del cuello, Morris salió disparado hacia delante y a la derecha, como si hubiesen dado un tirón de su mano. El revólver escapó de ésta, quedando entre el asiento y la parte de los pies, mientras Morris se daba de bruces contra el salpicadero, para acto seguido, caer metido entre el asiento y la parte de los pies donde había caído el revólver.

Durante un par de segundos que le parecieron una eternidad, estuvo caído allí como metido en una trampa, incapaz de moverse y viendo ante sus ojos solamente una negrura que parecía ir espesándose velozmente. Sacudió con fuerza la cabeza y la negrura se disipó. Dentro del coche llegaban las luces de la avenida y de la cercana Washington Square. Y alguna de esas luces se reflejaron en

el revólver caído a muy poca distancia de los ojos del teniente de homicidios.

Éste agarró el arma, se incorporó en el asiento y acto seguido dio un manotazo a la portezuela de su lado y salió del coche tambaleándose.

Tardó dos o tres segundos más en ver al hombre que huía en dirección opuesta a Washington Square por la acera.

Morris pasó por delante de su coche, cruzó entre otros dos estacionados y subió a la acera. Entonces, vio de espaldas al fugitivo.

Era sencillamente gigantesco. Pero había algo más a destacar en él de modo verdaderamente notable. Tenía una pierna más corta que otra, de modo que corría bamboleándose, oscilando fuertemente. Y también en el movimiento de su cuerpo, Morris pudo captar que el brazo izquierdo de aquel hombre, era mucho más corto y delgado que el derecho.

Aturdido por esta sorprendente visión, el teniente de homicidios, tardó todavía unos dos segundos en alzar el revólver y apuntar a la espalda del oscilante fugitivo.

—¡Alto! —gritó—. ¡Alto o disparo!

El estrangulador de una sola mano no se detuvo. Continuó corriendo. Es decir, todavía corrió más velozmente, bamboleándose de tal modo a derecha e izquierda, que el asombrado Morris Lambert se dijo que no valía la pena disparar, pues aquel hombre iba a caer rodando por el suelo de un momento a otro.

Se equivocó.

No sólo no rodó por el suelo, sino que antes de que él pudiese tomar la decisión que le repugnaba de disparar contra él, el fugitivo había doblado la siguiente esquina y desaparecido.

Dispuesto a no dejarlo escapar ya, fuese como fuese, Morris Lambert echó a correr tras él. Llegó a la esquina, la dobló impetuosamente... y todavía pudo ver al sujeto metiéndose en un coche.

Morris continuó corriendo, saltó a la acera y llegó al lado izquierdo del coche. Se colocó junto a la ventanilla delantera izquierda y metió la mano armada con el revólver, de modo que apuntó a la cara del estrangulador.

—¡Quieto! —jadeó el policía—. ¡No se mueva!

En realidad, quien quedó petrificado fue él.

Petrificado de asombro. Le había parecido que aquel hombre, aquel estrangulador brutal que había ocasionado ya seis víctimas, según su teoría, debía tener unas facciones hoscas y brutales.

Y era todo lo contrario.

El rostro que vio era el de un hombre de alrededor de veinticinco años, hermoso, agradable, con unos grandes ojos en los que la expresión era de tal inteligencia, que el policía no conseguía salir de su asombro. Era el rostro de un muchacho sano, hermoso, sencillo y agradable. Un rostro orlado de largos cabellos ondulados. Un rostro de facciones tan dulces, que la petrificación del policía se prolongó mucho más de lo que le habría convenido en aquel momento.

Mucho más porque la enorme mano derecha del estrangulador apareció por la ventanilla y le dio un golpe fortísimo en el brazo, empujándolo hacia atrás.

Morris Lambert lanzó un alarido cuando la pistola salió disparada por la ventanilla, al serle doblado el brazo por el golpe y pasó rozando su cara. Mientras tanto, el dolor que sintió en el bíceps fue tal, que retrocedió tambaleándose, a punto de caer al suelo.

Entonces, el coche donde estaba el estrangulador salió disparado hacia delante. Chocó contra el que tenía frente a él, apartándolo, retrocedió bruscamente un par de metros y volvió a salir disparado, girando hacia la izquierda, mientras Morris Lambert gateaba en busca de su arma.

La agarró, giró, la apuntó hacia la parte de atrás del coche y apretó el gatillo.

¡Crack, crack, crack...!, sonaron seguidos los tres disparos.

Pero el dolor que sentía en el bíceps derecho era tal, que no se sorprendió en absoluto de que ninguna de las tres balas alcanzase el objetivo que era la rueda derecha trasera del coche fugitivo.

Coche, que bien pronto desapareció del alcance del arma del teniente de homicidios, la cual enfundó en la revolvera de la axila, dio media vuelta y regresó corriendo hacia donde estaba su coche. Saltó ante el volante, dio el encendido y partió como una flecha en pos del coche que conducía el estrangulador.

Tan sólo un minuto más tarde, el teniente de homicidios Morris

Lambert, comprendió que era inútil emprender cualquier persecución.

Por la sencilla razón de que el coche perseguido había desaparecido.

Detuvo el suyo, paró el motor y se quedó inmóvil, reflexionando sobre lo sucedido. Es decir, intentando reflexionar, porque la verdad era que sentía tal dolor en el cuello y en el brazo derecho, que le impedía razonar con la lucidez que consideraba necesaria.

Una cosa estaba ya definitivamente clara para él. Aquel hombre estaba relacionado de un modo u otro con Lucy Goldchest Flowers. Y pensando esto, Morris recordó también que, durante aquel día, sobre todo por la mañana, había tenido la sensación de que alguien le estaba observando continuamente. Podía haber sido perfectamente el estrangulador.

«Muy bien —se dijo Morris—. Si tan convencido estoy de que ese hombre está relacionado con Lucy, lo mejor que podría hacer es volver junto a ella y acribillarla a preguntas. No tendría más remedio que contestar a ellas».

Pero había algo que hizo vacilar a Morris sobre esta decisión. La pregunta era: ¿Acaso podía tener la seguridad de que Lucy Goldchest Flowers podría contestar a las preguntas que le hiciese en torno a aquel monstruoso estrangulador?

—No es posible —susurró—. Ella no puede tener nada que ver en esto.

Tomada esta decisión y reafirmandose en la anterior de no conversar más con Lucy aquella noche, el teniente de homicidios del Pólice Department, dio el encendido a su coche y partió, alejándose de aquellos lugares donde había estado a punto de perder la vida.

CAPÍTULO IX

El médico de turno aquella noche en el Pólice Department, terminó su examen en la persona de Morris Lambert y lo hizo dando una palmada en un hombro de éste.

—Tranquilo, teniente... Todavía está usted vivo y en buenas condiciones físicas.

—Lo de vivo, lo sé —masculló Morris Lambert—. Pero quería estar seguro de que también estaba en buenas condiciones físicas. ¿De verdad no tengo nada roto en el cuello?

—A decir verdad, lo encuentro casi milagroso, considerando las señales que esa mano ha dejado en su garganta. Pero puede estar tranquilo. No tiene roto nada que deba preocuparnos. Eso sí, en el cuello le aparecerán unas manchas cárdenas muy feas no tardando mucho. Son derrames y hematomas, que le durarán unos cuantos días. Respecto a lo del brazo, pues es un simple dolor muscular, que también pasará en un par o tres de días. En resumen, sigue usted siendo un apuesto sujeto, con probabilidades de larga vida.

—Lo celebraré emborrachándome con agua tónica —sonrió Morris Lambert—. Muchas gracias, doctor... Con su permiso voy a utilizar el teléfono interior.

—No faltaba más. Igual que si estuviese usted en su casa..., o trabajase aquí, muchacho.

Sonriendo, Morris Lambert descolgó el auricular y pidió que le comunicasen con el despacho del capitán Lewis Cassidy. Quería saber si éste se hallaba en su despacho a aquellas horas y en ese caso, ir allá para ponerle al corriente de lo sucedido y enterarse de cómo estaban las cosas con respecto al asunto de los casinos de juego clandestinos...

—¡Hola! —exclamó Morris—. ¿Eres tú, Sam?

—Claro que soy Morris. Estoy en la enfermería y había pensado subir a charlar con el capitán. ¿Está ahí contigo?

—¡Espléndido! —exclamó Morris Lambert—. Subo inmediatamente.

Colgó el auricular, se despidió con un gesto del médico y salió de la enfermería a toda prisa, poniéndose la corbata y llevando la chaqueta bajo un brazo.

Medio minuto más tarde entraba en el despacho de Lewis Cassidy.

Y efectivamente, la noticia que le había dado segundos antes por teléfono el sargento Sam Butchers se materializó. Allí, sentado en una de las confortables butacas del despacho del capitán Cassidy, estaba nada más y nada menos que Kenneth Alien, el ayudante del fiscal general. Sentado tras su mesa estaba Cassidy, y de pie junto a la mesa y encarado hacia Kenneth Alien estaba Butchers.

—Buenas noches —saludó Morris Lambert—. ¿De modo que lo han detenido, señor?

—Nos pareció que podíamos hacerlo, dada su actitud, cuando fuimos a hacerle unas cuantas preguntas. Por muy ayudante del fiscal que sea, no puede mantener determinadas conversaciones con sujetos de la calaña de Charles Stanton. En estos momentos estamos esperando al fiscal general para que nos ayude a conversar con su honorabilísimo ayudante.

Morris miró a Kenneth Alien. Éste era un sujeto de unos cuarenta y cinco años, de muy buena facha y un rostro en verdad notable, de frente despejada y expresión inteligente. Una inteligencia que, evidentemente, no le había servido para comprender que el exceso de ambición podía conducirle a una situación como aquélla.

—¿Ha confesado algo? —preguntó.

—Pues la verdad es que lo ha admitido prácticamente todo —sonrió de un modo casi demoníaco el sargento Butchers—. En cuanto comenzó a escuchar la cinta, nos dimos cuenta de que el señor Alien no es de los que requieren tratamientos especiales para mostrarse comunicativo.

—Estupendo. —Lo miró aviesamente Morris Lambert—. Si las cosas están de este modo, yo creo que cuando venga el fiscal general todo lo que habrá que hacer será redactar la confesión de

Alien y acto seguido ir a cazar a Charles Stanton y su pandilla.

—Ésa es la idea —asintió el capitán Cassidy—. Y para ello estamos preparando un buen grupo de muchachos. Por cierto, que había pensado que quizá querías venir con nosotros. Puesto que el mérito de todo éste... Oye, ¿qué es lo que tienes en el cuello, Morris?

—Tuve un encuentro con el estrangulados.

—¿Con quién?

—Con el estrangulador de una sola mano, señor.

—¡La madre que...! —aulló el sargento Butchers—. ¿Quieres decir que ese tipo ha querido estrangularte también a ti?

—Eso es exactamente lo que ha intentado hace poco menos de una hora —asintió Morris, sonriendo hoscamente.

—¡Magnífico! —exclamó Butchers.

—¡Hombre, muchas gracias! —masculló Morris—. De modo que te parece magnífico que una bestia semejante haya querido estrangularme.

—No lo he dicho por eso —protestó Butchers—. Lo que he querido decir es que supongo que en estos momentos ese sujeto debe estar en la Morgue o en un hospital.

—Ni una cosa ni otra. Pudo escapar.

—No me lo digas —sonrió Butchers—. ¿De verdad se te ha escapado un sujeto que quiso estrangularte, Morris?

—Era una mala bestia así de grande —levantó Morris su brazo derecho hasta donde pudo— Un sujeto de lo más extraordinario que he visto en mi vida. Tenía una pierna y un brazo más cortos que los de la otra parte del cuerpo. Corría como si fuese a caer de un momento a otro. Me estaba esperando en el coche cuando llegué de...

Rápidamente, Morris Lambert explicó lo ocurrido desde el momento en que había hecho su proposición tan personalísima a Goldchest Flowers. Cuando terminó Lewis Cassidy y Sam Butchers le estaban mirando fijamente y tan asombrado como ellos, momentáneamente olvidado de sus propios y terribles apuros, le contemplaba Kenneth Alien.

—Pues vaya un tipo raro —dijo Sam Butchers—. ¿Qué demonios estará tramando con eso de ir estrangulando gente?

—¿Estás seguro de que no puede tener nada que ver con la

señorita Flowers? —preguntó, a su vez, Lewis Cassidy.

—Yo creo que no, señor. De todos modos, me parece que lo mejor que puedo hacer esta noche es retirarme a descansar y meditar sobre todo esto. Y mañana por la mañana temprano iré a visitar a Lucy para aclarar de una vez nuestras posiciones. Y quizá en definitiva todo resulte mucho más sencillo de lo que yo creo.

—No te dejes engañar por la dulce belleza de esa muchacha —advirtió seriamente Lewis Cassidy—. Ya eres lo bastante veterano como para saber que cualquiera puede tomarle el pelo a cualquiera, Morris. De modo que cuando vayas a verla por la mañana, presiónala adecuadamente.

—Eso será si la encuentra —dijo Butchers.

—¿Qué quieres decir? —Lo miró Morris.

—Quiero decir que si tú estás equivocado y resulta que esa chica de los pechos de oro y el tío raro de la pierna y el brazo más corto que los otros están realmente en complicidad, lo más probable es que el sujeto estrambótico haya avisado a Goldchest Flowers de que su última presa, la de esta noche, se le ha escapado.

—Sam tiene razón —murmuró Cassidy—. Es muy posible que esa chica ya no esté en su apartamento, Morris.

Éste miró de uno a otro. Muy seriamente porque estaba comprendiendo que muy bien podían tener razón ambos. Tras mirarlos y vacilar irnos segundos, Morris descolgó el auricular del teléfono y marcó el número de Lucy Flowers, que sabía de memoria desde el momento que había comenzado a interesarse directamente por ella.

—No te sorprendas demasiado si no te contesta —advirtió el sargento Butchers.

Morris Lambert se limitó a apretar los labios. Los dos policías estaban oyendo como sonaba el timbre del teléfono de Lucy Flowers y miraban a su compañero escrutando su rostro a la espera de su reacción. Pero de pronto, el lejanísimo sonido del timbre que oían desde sus posiciones dejó de sonar. Y oyeron la delicada voz. No entendieron las palabras. Sólo oyeron una voz femenina.

—Buenas noches, Lucy —dijo Morris Lambert, sonriendo—. Soy Morris. Quería...

¡Clic!, sonó el auricular al ser coleadado.

Morris respingó, pero acto seguido miró sonriente a Butchers y

Cassidy mientras colgaba lentamente el auricular.

—¡Caramba! —sonrió Butchers—. Parece que realmente la chica de los pechos de oro está realmente enfadada contigo.

—Lo cual celebro muchísimo. Y su presencia en el apartamento supongo que deja bien claras las cosas. Si ella tuviese algo que ver con el estrangulador ya se habría largado avisada por éste.

—Eso parece lo razonable —admitió Cassidy—. Bueno, Morris, creo que realmente lo mejor es que te retires a descansar y a pensar sobre esa chica. Sobre todo, a descansar. La verdad es que no tienes muy buen aspecto.

—Supongo que tengo el aspecto de una persona que ha estado a punto de ser estrangulada por un coloso —refunfuñó Morris—. Pero no pienso retirarme todavía. Me gustaría saber lo que el fiscal general tiene que conversar con el señor Alien.

—Nosotros nos ocuparemos de eso —rechazó Cassidy—. Vete a descansar... ¡Y enhorabuena, Morris!

—Enhorabuena, ¿por qué?

—Pues porque esta noche todavía sigues soltero. De verdad que temía que esa preciosidad de criatura pudiese haberte echado el lazo definitivamente.

—Pues no, señor —gruñó Morris—. No lo ha hecho. ¡Maldita sea mi estampa!

—Yo creo que ella no te aceptará nunca —rió Butchers.

—¿Por qué no?

—Pues, hombre, porque tú no llevas nada pintado de purpurina.

Refunfuñando, Morris Lambert salió del despacho del capitán Cassidy, y poco después lo hacía del Pólice Department.

Veinte minutos más tarde detenía su coche cerca del edificio donde tenía su apartamento. Lo dejó estacionado debidamente y se dirigió hacia la casa.

Subió en ascensor hasta la sexta planta y allá salió de la cabina, la cerró y la envió de nuevo abajo.

Poco después entraba en su apartamento. Lo primero que hizo fue dirigirse al cuarto de baño y contemplar en el espejo las tremendas señales dejadas por los fortísimos dedos del estrangulador. No había sido ninguna broma, desde luego. Con un poco más de tiempo que le hubiese dejado actuar tranquilamente y lo habría estrangulado igual que a un pollito.

—Debe tener una fuerza bestial —musitó Morris Lambert—. Y eso que parece que solamente puede utilizar un brazo. ¡Qué tipo más extraño!

Todavía estuvo un par de minutos contemplándose en el espejo y pensando en ponerse algo que contribuyese a aliviar su dolor, ya que no era posible eliminar las manchas cárdenas. Desde luego, éstas se iban notando cada vez con más fuerza y en ambos lados del cuello, bajo la mandíbula, incluso se le estaba hinchando.

Poco después, Morris Lambert estaba en pijama y con una lata de cerveza recién abierta en las manos. Bebió un trago, encendió un cigarrillo y se sentó en el borde de la cama.

¿Y si volviese a llamar a Lucy? Quizá la había encontrado en su apartamento por la sencilla razón de que todavía no le había dado tiempo de abandonarlo. En realidad, Morris Lambert se estaba debatiendo entre la desconfianza hacia Lucy Goldchest Flowers y lo que estaba seguro de sentir ya por la muchacha. Refunfuñando se puso en pie y fue al armario donde solía tener el ejemplar de *Playboy*, donde aparecía Lucy en toda su esplendidez.

Con la revista en las manos regresó a sentarse en el borde de la cama. Abrió la revista por la página central y se quedó mirando aquella auténtica maravilla mundial.

«Desde luego, hace falta ser bobo para enamorarse de una chica así —masculló—. Pero supongo que más bobos son los que se enamoran de una fea. Y, por otro lado, el hecho de que exponga su artística anatomía, no quiere decir en absoluto nada definitivamente malo. En cuanto a su trabajo en el Baynight Club, pues... Bueno, hay quien trabaja de policía, hay quien trabaja de sastre... y ella trabaja para dar alegría a los demás. Sí, señor. A fin de cuentas, todo lo que proporciona Goldchest Flowers es un rato de diversión y animación a personas que quizá acuden a verla muy decaídos. Y los que acuden decaídos, seguro que salen del Baynight Club Con un estado de ánimo bien diferente. Por lo tanto...».

En aquel momento sonó el teléfono.

Morris Lambert lo descolgó casi distraído convencido subconscientemente de que quien le llamaba era Cassidy o quizá Sam Butchers.

—¿Diga?

—¿Es usted Morris Lambert? —Oyó una voz desconocida.

—Sí. ¿Quién es usted?

—Nos hemos conocido esta noche dentro de su coche —oyó una risa simpática—. Supongo que sabe a qué me refiero.

El teniente de Homicidios se puso en pie de un salto.

—¿Es usted el estrangulador? —exclamó.

—¿El estrangulador? Bueno, es un modo un tanto desagradable de referirse a mí, señor Lambert. Pero no voy a guardarle rencor. En realidad, le llamo para pedirle disculpas.

—¿Disculpas? ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que parece que he tenido una equivocación con respecto a usted.

—Ya... Bueno, desde luego, no conozco ningún motivo por el que usted deba estrangularme, señor..., señor...

—Mi nombre no le diría nada —rió de nuevo el estrangulador—. Creo que con pedirle disculpas ya basta, señor Lambert. Buenas noches.

—Espere un momento —pidió Morris—. ¿Por qué quería usted estrangularme? Dígame eso, al menos.

—Le confundí con otra persona.

—De acuerdo. Me confundió con otra persona. Entonces dígame por qué quería estrangular a esa otra persona.

—Mire... Francamente, señor Lambert, yo creo que nosotros no tenemos gran cosa que hablar y veo que he cometido un error al ponerme en contacto con usted. Mi intención era solamente decirle unas palabras de disculpa y colgar. Pero...

—Espere, por favor, espere —pidió de nuevo Morris—. Me gustaría hablar con usted. Puedo ofrecerle todas las garantías que quiera de que no voy a intentar ninguna represalia o venganza, ni nada parecido. Por favor, dígame dónde podemos vemos cuanto antes.

—Usted me toma por idiota, ¿verdad? —replicó el estrangulador.

—De ninguna manera. Le creo una persona razonable y lo está demostrando al llamarme para pedir disculpas por haberse equivocado conmigo. ¿No quiere usted comprender que quizá yo podría ayudarle a encontrar a la persona que busca?

Hubo unos segundos de silencio. Luego, la voz del estrangulador se dejó oír de nuevo.

—Está bien —susurró—. Salga usted de su casa ahora mismo, suba a su coche y diríjase a cualquier parte. No haga nada más. Yo iré detrás de usted y en el momento oportuno le haré señas para que me siga. Iremos a un lugar donde podremos conversar de acuerdo a mis condiciones de seguridad. ¿Le parece bien?

—Acepto. Salgo de aquí dentro de cinco minutos. ¿Estará usted ya lo bastante cerca para verme?

—Concédame diez minutos más. Salga de ahí no antes de un cuarto de hora, señor Lambert.

—Okay. Hasta dentro de quince minutos.

Morris colgó el auricular, recogió su reloj de pulsera de la mesita de noche donde acostumbraba dejarlo y miró la hora. Eran las tres menos diez minutos de la madrugada nada menos. Es decir, que aquella noche todo el mundo se estaba mostrando muy activo.

Se vistió sin prisas consultando un par de veces más el reloj para asegurarse de que no se adelantaba, pero que tampoco se atrasaba. Todavía tuvo tiempo de terminar otro cigarrillo antes de que hubiesen transcurrido catorce minutos. Entonces se dirigió a la puerta del apartamento, salió, llamó el ascensor y bajó al vestíbulo.

Cuando salió de éste a la calle se cumplían exactamente los quince minutos.

Se dirigió hacia donde había dejado su coche, abrió la portezuela y se sentó ante el volante.

Puso las llaves en el contacto y cuando estaba a punto de dar el encendido, se quedó inmóvil.

«Muchacho —se dijo—, ¿eres policía o eres un pobre ingenuo?».

La pregunta realmente tenía una buena base. A fin de cuentas, el hombre que había querido estrangularlo antes lo había intentado con todas sus poderosas fuerzas. Y lo mismo había hecho con otros hombres en Chicago, Atlantic City, Miami Beach, Los Ángeles, Las Vegas e incluso dos noches antes allí mismo en Nueva York había estrangulado a Oscar Bruckman.

¿Delito de todos y cada uno de estos hombres? Haber estado en contacto de un modo u otro con Lucy Goldchest Flowers.

¿Por qué tenía que decirle el asesino que con él se había equivocado?

¿Realmente se había equivocado?

Allí, en aquel momento, Morris Lambert se convenció incluso a

sí mismo de que realmente era un hombre de inteligencia más que aceptable. Poco a poco, la desconfianza se fue convirtiendo en cautela. Y la cautela llegó casi a convertirse en pánico ante lo que pudiese estar tramando un sujeto de la categoría mental del estrangulador.

Lo seguro, desde luego, era que el estrangulador no pensaba de ninguna manera ponerse en contacto con él concediéndole la oportunidad de meterle un par de balas en las tripas. Porque un sujeto capaz de ir estrangulando hombre tras hombre no era la persona más adecuada para tener fe en el prójimo. Entonces debía desconfiar y mucho de Morris Lambert... Incluso era posible que si lo había seguido en más ocasiones de las que Morris Lambert creía y que eran las que había notado aquella sensación de saberse mirado, era posible sí, que el estrangulador supiese que él era policía.

¿Y un tipo así iba a entrevistarse con él, aunque fuese en sus condiciones?

La respuesta era no.

Entonces, ¿por qué le hacía salir de casa a las tres de la mañana y darse un paseo en coche?

Solamente había una respuesta en aquel momento en la mente de Morris Lambert. Y cuando se dio a sí mismo esa respuesta palideció. Palideció y quedó verdaderamente congelado de espanto.

Tardó diez o doce segundos en reaccionar y cuando lo hizo fue para, ante todo, retirar la llave del contacto del motor.

Luego salió del coche y fue hacia la parte delantera. Puso la mano en la manilla del capó y permaneció así unos segundos, inmóvil, pasándose la lengua por los labios. Por fin, con gran cuidado, movió la manilla y alzó el capó un par de pulgadas.

No sucedió nada.

Morris metió la mano en la abertura dejada por el parcialmente alzado capó y fue tanteando en busca de algún obstáculo. No encontró ninguno, así que lentamente continuó alzando el capó hasta que su cabeza cupo en la abertura. Encendió su encendedor y metió la cabeza y la llama para examinar el contenido del compartimiento del motor.

Y en efecto.

Allí estaba el paquete de cartuchos de dinamita.

Un fuerte escalofrío recorrió el cuerpo del teniente de

Homicidios.

Terminó de alzar completamente el capó, pues ahora sabía que el paquete no explotaría más que cuando se diese el encendido del motor. Apagó el encendedor y lo guardó. Ahora podía ver bien el paquete gracias a la iluminación pública de la avenida.

Había allí la suficiente dinamita para que todo el coche y él dentro saltasen convertidos en diminutos pedacitos.

Los conocimientos de Morris Lambert en aquella clase de jueguecitos le permitieron desconectar la bomba en menos de quince segundos. Luego se quedó mirando el paquete que sostenía con la mano derecha. Por fin, y tras asegurarse definitivamente de que no quedaba contacto de detonación alguno, siquiera fuese independiente dentro del paquete, volvió a meterse en el coche y partió hacia el Pólice Department para entregar el paquete de cartuchos de dinamita y que fuese examinado por si había algo especial que comentar sobre aquellos cartuchos.

Casi a las cinco de la madrugada, Morris Lambert regresó a su apartamento.

No había sido encontrado nada especial en aquel paquete de cartuchos de dinamita. Simplemente era lo que parecía. Una bomba que lo habría convertido en picadillo si él hubiese dado el encendido del motor.

Pero como no todo había de ser malo en la larguísima jornada del teniente de Homicidios, éste regresaba a su apartamento dispuesto a descansar, sabiendo ya que el ayudante del fiscal general Kenneth Alien había confesado todo en presencia de aquél y que, en aquellos momentos, incluso Charles Stanton había sido puesto en la picota. Por la mañana temprano recibiría la desagradable visita de la policía que llegaría con una orden de detención contra él. Y a partir de ese momento, realmente la carrera delictiva en el ambiente elegante de Charles Stanton habría terminado. Del mismo modo que había terminado la de Oscar Bruckman.

Y del mismo modo que había terminado también la de Kenneth Alien.

Y todo ello gracias a un tipo extraordinario y estremecedor que estrangulaba a sus víctimas con una sola mano.

Eran pocos minutos después de las cinco cuando Morris Lambert

se tendía por fin en la cama, esta vez realmente cansado y doliéndole considerablemente los hematomas que tenía en el cuello.

—¡Maldita sea mi estampa! —refunfuñó—. Hacerme esto a mí un minusválido. Porque, a fin de cuentas, ese sujeto no es más que un minusválido. Tal como corría con aquella pierna y con aquel brazo que...

Morris Lambert se sentó de un salto en la cama, pese a todo su cansancio.

—¡Un minusválido! —Casi gritó.

Se quedó con los ojos muy abiertos como si quisiera ver algo especial en la oscuridad de su dormitorio. Y ciertamente, allí no podía ver nada, pero sí podía ver algo en su mente, en su memoria.

Lo que estaba viendo Morris Lambert en su memoria era unas tarjetas postales enviadas por unos hombres que parecían estar verdaderamente interesados y hasta enamorados por Lucy Goldchest Flowers. Unas postales que llegaban de diversos sitios de Estados Unidos. Pero en especial, Morris Lambert recordó que había visto no menos de dos de esas postales que procedían de un lugar llamado Institución Chessman para minusválidos. Una institución que si no recordaba mal estaba en Bound Brook.

En Bound Brook, estado de New Jersey. Llegar a Bound Brook no era más que cuestión de tiempo, y por supuesto, no sería nada menos que una localidad reconocida en el mapa de Estados Unidos de América lo que él dejase de encontrar. En cuanto a la Institución Chessman para minusválidos, Morris Lambert se dijo que si no la había encontrado antes de las nueve de la mañana dimitiría como policía.

CAPÍTULO X

Exactamente a las diez menos diez de la mañana, Morris Lambert encontró la Institución Chessman para minusválidos.

Estaba en las afueras de Bound Brook y no tuvo la menor dificultad en hallarla porque prácticamente todos los habitantes de la localidad conocían la famosa institución dedicada al cuidado de minusválidos. Llegó con el coche en pocos minutos y se detuvo ante las grandes verjas abiertas de par en par. La edificación estaba al fondo de un gran jardín con abundantes flores y especialmente grandísimos plátanos que comenzaban a mostrar en sus hojas el color del otoño.

Morris condujo su coche por el amplio sendero rodeado de grandes matas de baladres hacia el gran edificio de tono blanco y ocre. Llegó allá en pocos segundos, lo dejó estacionado y se apeó. Segundos después estaba hablando con una linda recepcionista rubia que, tras escuchar al teniente de Homicidios, asintió con la cabeza y dijo:

—Será mejor que hable usted con el propio doctor Chessman.

—Se lo agradeceré mucho.

La entrevista estuvo concertada en pocos segundos. Una enfermera muy sonriente y de pequeños ojillos simpáticos condujo a Morris Lambert por un amplio pasillo hacia la parte del edificio dedicada a la administración. Le señaló una de las puertas y Morris Lambert, tras llamar, la abrió y asomó la cabeza.

—¿Doctor Chessman? —preguntó.

El hombre que estaba sentado tras una gran mesa de espaldas a un enorme ventanal por el que se veía prácticamente todo el jardín, se puso en pie y sonrió amablemente tendiendo su diestra.

—¿Teniente Lambert? —preguntó, a su vez.

Éste cerró la puerta, se acercó a la mesa y estrechó la mano del doctor Chessman. Chessman era un hombre bajito, calvo, de grandes ojos miopes que contemplaban a Morris Lambert como si éste fuese el mejor muchacho que había conocido en su vida. Era una expresión que hacía sentirse a cualquiera bien recibido y como si en verdad fuese una persona gratísima en todo momento.

—Entiendo —dijo Chessman, sentándose y señalando una butaca a Morris— que tiene usted algo importante que hablar conmigo respecto a esta institución, teniente.

—Posiblemente. En realidad, lo que me gustaría es tener acceso a sus ficheros, doctor Chessman.

—¿Nuestros ficheros? —se sorprendió el médico.

—¿Tienen ustedes fotografías de los pacientes que hay en la institución? De los que hay actualmente y de los que haya habido, por supuesto. En realidad, me interesan más los antiguos pacientes. Porque supongo que algunos minusválidos, después de permanecer en la institución, son dados de alta.

—Sí. Algunos de ellos tienen bastantes posibilidades de poder arreglárselas solos en el exterior. Nosotros nos ocupamos, por supuesto, de su posible rehabilitación física y sobre todo los mentalizamos en el sentido de que pueden ser útiles a la sociedad.

Morris Lambert frunció el ceño y esbozó una sonrisilla irónica.

—Bueno, no dudo que la mayoría de ellos de un modo u otro resultarán útiles a la sociedad. Personalmente, eso de que una persona que en un principio podría considerarse como una carga para sus semejantes resulte todo lo contrario, me parece sencillamente admirable y no menos admirable me parece, por supuesto, la labor que realizan hombres como usted en ese sentido, doctor Chessman.

—Es usted muy amable, teniente.

—Me temo que no se lo voy a parecer mucho cuando le explique el objeto de mi visita.

—He entendido que la recepcionista ha dicho que era usted teniente de Homicidios. Pero, claro está —sonrió simpáticamente el doctor Chessman—, supongo que no hay ninguna relación entre la Institución Chessman y cualquier clase de homicidio.

Morris Lambert quedó un instante pensativo, y tras la vacilación prefirió no dar demasiadas explicaciones al doctor Chessman. Por la

sencilla razón de que tenía la certidumbre de que solamente iba a conseguir proporcionarle un tremendo disgusto al atento hombrecillo.

—Me gustaría saber si tienen ustedes un archivo de fotografías de todos sus pacientes. En especial, como le he dicho, quisiera ver las fotografías de aquellos que ya salieron de aquí rehabilitados para... convivir con sus semejantes de modo normal.

—Tengo ese archivo, en efecto. Y se lo mostraré con mucho gusto, pero me gustaría saber qué es lo que ocurre.

—Mi interés está centrado en un minusválido especial. Es un guapo muchacho de alrededor de veinticuatro o veinticinco años, con el cabello ondulado, expresión inteligente. Es muy alto y muy fuerte. Pero tanto su brazo como su pierna del lado izquierdo son más pequeñas y, por supuesto, mucho más débiles que su lado derecho.

—Entiendo. Sí, hay algunos así. Y muy pocos que ya salieron. Insisto en que me gustaría saber qué ocurre, teniente.

Morris Lambert volvió a vacilar. Por fin, musitó:

—Mucho me temo que uno de esos minusválidos es un asesino.

El doctor Chessman se quedó mirándolo fijamente. Ya no había sonrisa alguna en su rostro y parecía que ni siquiera tenía párpados tan fija e inmóvil era su mirada. Por fin, con voz sin inflexiones, pidió:

—¿Puedo ver su credencial?

Morris Lambert asintió y la mostró. El doctor Chessman la examinó y luego se puso en pie.

—Ya le dije que no iba a gustarle, doctor Chessman —murmuró Morris Lambert, poniéndose también en pie.

—Le he pedido su credencial porque por un momento he temido que fuese usted un chiflado que hubiese venido a tomarme el pelo. Como evidentemente es usted un policía y, además, de Homicidios, quiero que vea usted nuestros archivos. Si en esos archivos encuentra usted a un asesino, francamente no sabré qué pensar respecto a mi labor.

—Su labor seguirá siendo admirable —se sorprendió Morris Lambert—. Pero no todo el mundo se dedica a hacer el bien, ni todo el mundo es bueno y agradecido. Por muchas cosas que se hagan en favor de una persona, ésta siempre puede reaccionar de un modo

canallesco o simplemente desagradecido. No creo que eso deba influir para nada ni en su labor ni en su satisfacción sobre sí mismo.

—Seguramente tiene usted razón —murmuró Chessman—. Venga conmigo, por favor.

Salieron del despacho por una puerta lateral y se encontraron en una pequeña oficina en la que había una secretaria ordenando unos papeles. Frente a la puerta que comunicaba aquella oficina con el despacho del doctor Chessman había unos grandes archivos metálicos. El doctor Chessman se dirigió a uno de ellos directamente sin la menor vacilación y Morris Lambert comprendió que los datos sobre la dificultad física que él había mencionado le iban a ser decisivos para localizar al asesino.

Efectivamente, el doctor Chessman extrajo de una de las grandes gavetas metálicas un largo cajón también metálico en el que habían ordenadas una serie de fotografías que señaló a Lambert.

—Creo que es mejor que mire usted mismo las fotografías, teniente. Si el hombre que busca no está aquí, es que no ha sido nunca paciente en la Institución Chessman.

—Se lo agradezco mucho, doctor.

Morris Lambert tuvo que agradecerlo nuevamente tan sólo dos minutos más tarde. Porque allí, en aquel cajoncito metálico, vio la fotografía del muchacho que la noche anterior pretendió estrangularlo en su coche y luego hacerle saltar por los aires convertido en carne picada.

Retiró tres fotografías del muchacho. En el pie de cada una de ellas estaba escrito el nombre. Y unos números que debían ser una clave para remitir a la parte de los archivos donde estaba el historial clínico de cada paciente.

El que merecía la atención del teniente de Homicidios se llamaba William Ramsy.

De las tres fotografías estaban tomadas evidentemente en diferentes épocas. En una se le veía cuando no debía tener más que quince o dieciséis años. La segunda, cronológicamente hablando, lo mostraba tener algo más de veinte. Y la tercera era prácticamente actual, pues Morris Lambert lo vio idéntico a como lo viera la noche anterior dentro del coche en el que había escapado. La única diferencia que en nada dificultaba la identificación era que en la actualidad el muchacho llamado William Ramsy llevaba los cabellos

bastante más largos.

—Éste es —le mostró la fotografía a Chessman.

El médico miró la fotografía muy serio, y luego alzó sus miopes ojos hacia el policía.

—Nada menos que Billy —murmuró—. ¿Está usted seguro de que este muchacho es un asesino, teniente?

—De lo que estoy completamente seguro es de qué anoche intentó matarme a mí dos veces. Por lo demás, creo... y fíjese bien que digo creo, pero con un noventa por ciento de estar en lo cierto, que este muchacho ha estrangulado ya con una sola mano a seis hombres.

—Usted está loco —gimió el doctor Chessman.

—Comprendo cómo se siente —movió la cabeza Morris—. Pero éstos son los hechos, doctor. Si me equivoco, tendré muchísimo gusto en venir a comunicárselo. ¿Tiene usted algún medio para localizar a William Ramsy?

—Es muy posible que él sea uno de los que dejan su dirección en la institución después que encuentran un domicilio fijo y un trabajo estable. Lo vamos a comprobar en seguida. ¡Betty, por favor! —Se dirigió el doctor a la secretaria—. ¿Quiere mirar si tenemos la dirección de William Ramsy?

—Sí, doctor. En seguida.

La dirección de William Ramsy constaba en los archivos de la institución. Al parecer, el muchacho tenía un apartamento en West Broadway. Morris Lambert anotó en una pequeña libretita la dirección exacta y le hizo una seña a la secretaria de Chessman mientras murmuraba un gracias.

Se volvió hacia el doctor Chessman.

—No he visto indicación alguna de que Billy esté trabajando en algo —musitó.

—Algunos pacientes tienen dinero o se lo envían sus familiares. Se trata de que ellos vivan solos y por sí mismos por lo menos en cuanto a iniciativa personal. Pero en ocasiones no es fácil encontrar trabajo.

Supongo que si Billy vive en Nueva York, o bien se gana la vida de algún modo, o bien le envían dinero sus padres desde su ciudad natal.

—Sí, comprendo. ¿Hace mucho que salió Billy de la institución?

—Pues debe hacer aproximadamente un año.

—Está bien. Naturalmente, doctor, voy a ir ahora al apartamento de Billy. Y naturalmente, también debo suponer que usted no va a notificarle mi visita por teléfono.

—Por supuesto —dijo secamente el doctor Chessman—. Por dos motivos: uno de ellos es que no voy a ir en contra de la policía, teniente. El otro es que no tengo la menor duda de que hay un error con respecto a Billy.

Morris Lambert no discutió más. No valía la pena porque él sabía perfectamente que William Ramsy, el querido Billy, era un asesino. Cabía alguna pequeña posibilidad de que se equivocase con respecto a los seis asesinatos por estrangulamientos anteriores. Pero lo ciertísimo era que el mismísimo Billy lo había querido matar a él la noche anterior por dos veces.

Se despidió del doctor Chessman agradeciéndole sus atenciones y poco después emprendía el regreso a Nueva York.

El edificio donde William Ramsy tenía su apartamento era discreto pero agradable. Había un conserje que tenía una tremenda boca que parecía sonreír siempre de oreja a oreja. Y quizá era cierto que sonreía. Cuando menos era un hombre comunicativo y simpático.

—¡Billy! —sonrió al pronunciar el nombre—. Por supuesto que vive aquí. Pero me parece que no está. ¿Quiere dejar algún recado?

—La verdad es que no —murmuró Morris, mostrándole su credencial al hombre—. Lo que quisiera es echar un vistazo a su apartamento.

—¿Trae usted la autorización? —Frunció el ceño el conserje.

—No. Pero puedo tenerla aquí dentro de media hora.

—Mientras tanto, me parecería absurdo perder el tiempo. Sólo se trata de echar un vistazo allá arriba.

—¿Qué es lo que pasa con Billy? —refunfuñó el conserje—. ¿Por qué se meten ustedes con él?

Morris Lambert decidió zanjar la cuestión de modo que el conserje no le molestase más.

—Es un asesino —dijo, fríamente—. De modo que ya sabe usted a qué atenerse con él. ¿Y ahora puede facilitarme la llave de su apartamento? Supongo que tiene usted un duplicado.

—Sí, señor —murmuró el conserje—. Sí, tengo una llave. Subiré

a abrirle.

Subieron los dos en el ascensor después que el conserje se procuró el duplicado de la llave del apartamento de William Ramsy. Una vez en el piso quinto, el conserje se encargó de abrir la puerta, pero cuando iba a entrar en el apartamento, Morris Lambert lo detuvo con un gesto.

—Usted no entre, por favor. Y lo mejor será que regrese a su sitio. Por supuesto, si mientras yo estoy aquí dentro regresase William Ramsy, espero de su cordura que no haga usted el menor comentario sobre mi presencia aquí arriba ni lo que hemos hablado.

—No, señor. Si realmente Billy es un asesino, no seré yo quien le proteja.

—Eso es lo razonable —dijo Morris.

Entró en el apartamento, cerró tras él y se dirigió hacia el fondo. Lo primero que vio a mano izquierda del corto pasillo fue la salita. Las ventanas de ésta estaban entornadas, pero permitiendo entrar la suficiente luz para ver a la perfección. Se acercó a una de las ventanas y la abrió más. Desde allí podía ver la calle. Frente al edificio había dejado estacionado su coche. Lo estuvo mirando unos segundos y luego se volvió.

Muy bien.

¿Qué esperaba encontrar allí? En realidad, nada. La idea era esperar a William Ramsy y en cuanto llegase sorprenderlo y detenerlo. Pero mientras tanto, no veía por qué no tenía que echar un vistazo por todo el apartamento. Nunca se sabe la de sorpresas que puede deparar un hombre que se dedica a estrangular a otros con una sola mano.

Y, efectivamente, Morris Lambert se llevó una gran sorpresa. Fue en el dormitorio.

Estaba bien claro que no era él el único en estar enamorado de Lucy Goldchest Flowers. Ni mucho menos. Ni muchísimo menos. Había alguien que más que enamorado quizá estaba completamente loco por la bellísima Lucy.

El dormitorio de William Ramsy estaba prácticamente empapelado de arriba abajo e incluso en el techo por fotografías de Lucy Flowers. Fotografías de todos los tamaños en blanco y negro y a color y fotografías incluso por secciones del cuerpo y del rostro de Lucy.

Había grandes fotografías en las que se veía solamente la boca de la muchacha. En otras se le veía en una de sus actuaciones en el Baynight Club. También había fotos de ella de actuaciones en otros clubs. Había fotos solamente de los senos untados de purpurina. Fotos de sus manos, de sus orejas, de su nariz, de sus ojos... Las fotografías de Lucy Goldchest Flowers eran un completísimo compendio de la anatomía de la muchacha prácticamente centímetro a centímetro.

El atónito teniente de Homicidios iba dando la vuelta sin moverse del sitio, mirando paredes y techos con la boca abierta. Sí, señor. Si había alguien en el mundo realmente interesado por Lucy Goldchest Flowers, allí lo tenía. Era William Ramsy, llamado cariñosamente Billy.

Y mirando las fotografías que lo llenaban todo, vio una que le llamó especialmente la atención. Estaba sobre la cabecera de la cama enmarcada y protegida por un cristal.

En ella se veía a William Ramsy un poquito más joven sentado en una silla de ruedas y sonriendo felicísimo mientras de pie, junto a él, pero inclinada hacia su rostro, estaba la bellísima Lucy Goldchest Flowers dándole un beso en una mejilla.

Por supuesto, en esta ocasión Goldchest Flowers estaba vestida. Detrás de la silla de ruedas en la que estaba el felicísimo William Ramsy se veía borrosamente la silueta de una enfermera.

Morris Lambert movió la cabeza con un gesto de pesar y continuó mirando fotografías. Estaban allí también las de la revista *Play-boy*, que él tenía en su apartamento. Aquélla en la que la belleza de Lucy Flowers aparecía con todo su auténtico esplendor.

Fruncido el ceño, Morris abandonó el dormitorio y regresó a la salita. Se sentó, encendió un cigarrillo y se dedicó a pensar en aquel asunto que para él ya no podía estar más claro.

Cuando terminó el cigarrillo se puso en pie y miró su reloj de pulsera. Realmente no tenía prisa, pero quizá sería conveniente preguntarle al conserje si las ausencias matinales de Billy duraban mucho.

Decidió que antes de bajar a enterarse de esto esperaría media hora más. Se acercó a la ventana que antes había abierto y se quedó allí mirando hacia la calle.

Apenas quince minutos más tarde vio llegar el coche. Un coche

que identificó tras unos segundos de vacilación. Sí, seguro que era el coche en el que la noche anterior había huido William Ramsy después de intentar estrangularlo. El coche se había detenido frente al edificio, pero nadie se apeaba de él.

Morris Lambert continuaba mirando fijamente hacia la calle y en especial hacia el coche. De un momento a otro, el conductor tenía que seguir rodando lentamente en busca de un estacionamiento o si pretendía dejar el coche en doble fila apearse ya.

No sucedió ni una cosa ni otra. De pronto, el coche salió disparado a toda velocidad.

Morris Lambert soltó un reniego y mientras lo hacía sus ojos se desplazaron hacia donde estaba su propio coche. Y tuvo que comprender lo ocurrido. Si él conocía el coche de William Ramsy, éste conocía sobradamente el suyo. Y lo había visto estacionado allí.

«Soy un maldito estúpido», farfulló Morris Lambert. Y acto seguido se lanzó fuera del apartamento.

Mas, por supuesto, cuando llegó a la calle no había ni rastro del coche conducido por William Ramsy.

Después de llamarse estúpido unas cuantas miles de veces, Morris Lambert decidió hacer algo mucho más práctico. Llamó al Pólice Department, y una vez conseguido contacto con el sargento Butchers, le pidió que se presentase allí acompañado de dos detectives.

Butchers y los dos detectives llegaron veinte minutos después y Morris Lambert les dio las instrucciones adecuadas para que si William Ramsy volvía por allí no se alarmase. Pero le parecía descabellado admitir que el muchacho volviese por un sitio donde había visto el coche del hombre al que había querido asesinar por dos veces.

CAPÍTULO XI

Lucy Flowers abrió la puerta de su apartamento, frunció el ceño al ver quién era su visitante y por su gesto estuvo bien claro que se disponía a cerrar de nuevo.

—Vengo en son de paz —alzó las manos Morris Lambert—. Por favor, Lucy, recíbeme.

—Usted y yo no tenemos nada de qué hablar, señor Lambert.

—Vamos, vamos... Por favor, permítame que entre y charlemos unos minutos. Lo primero que debo decirte es que no soy lo que piensas.

—Ah, ¿no? —sonrió desdeñosamente Lucy Flowers, con una chispa de burla en los ojos—. ¿Eso quiere decir que no eres un cretino, sinvergüenza, grosero y estúpido?

—No —gruñó Morris Lambert—, no soy nada de eso. Soy sencillamente teniente de la sección de Homicidios del Pólice Department.

El sarcasmo que estaba utilizando Goldchest Flowers desapareció inmediatamente. Se quedó mirando boquiabierto a Morris, y cuando se recuperó lo suficiente, pidió:

—¿Puedes demostrarme eso que has dicho?

Morris sacó su credencial y la puso ante la encantadora naricita de Goldchest Flowers. Una vez convencida de la personalidad de Lambert, la muchacha se apartó en silencio. Morris entró en el apartamento, esperó a que ella cerrase la puerta y entonces le mostró la fotografía más actual de William Ramsey.

—¿Conoces a este hombre?

—No..., no... Al menos no lo recuerdo. ¿Quién es?

—Se llama William Ramsy —entornó los párpados Morris—. ¿De verdad no lo conoces?

—Te digo que no lo recuerdo.

—Sin embargo, lo conoces y muy bien.

La muchacha, que llevaba una preciosa bata mostrando con gran discreción pero muy sugestivamente sus encantos, se quedó mirando hoscamente a Morris.

—Evidentemente —dijo—, algo está ocurriendo que te ha impulsado a realizar un extraño juego conmigo, teniente Morris Lambert. ¿Puedo saber de una vez qué es lo que está ocurriendo y qué es lo que quieres de mí?

—Contesta primero a una pregunta. Sea cual fuere tu respuesta, yo la creeré. ¿Realmente no conoces a este hombre?

—Realmente, no.

—De acuerdo. Muy bien. ¿Puedes dedicarme un par de horas?

—¿En qué sentido?

—Vamos a ir a un apartamento que quiero que veas. Puedes negarte, por el momento, pero yo prefiero que hagamos las cosas en plan de enamorados a que me obligues a utilizar mi condición de policía.

—¿Estás hablando de enamorados? —exclamó Goldchest Flowers—. ¿Quién está enamorado de quién?

—Yo de ti. Y tú de mí.

—Eres realmente fantástico —se pasmó la muchacha—. Pero, en fin, es mejor dejar este tema para luego. ¿Dónde tenemos que ir?

El pasmo de Lucy Flowers era total, absoluto y, por supuesto, tan sincero, tan espontáneo, tan verídico, que Morris Lambert y el sargento Butchers comprendieron que la muchacha realmente era la primera vez que veía aquel cuarto y su extraordinario decorado.

—Pero... soy yo. Estoy en todas partes y de todas las maneras.

—En efecto. Ése será un inconveniente cuando estemos casados. No sé si me gustará la idea de que mi esposa está tan fresquita y sugestiva en unos cuantos cientos de miles de paredes distribuidas por Estados Unidos... y por todo el mundo.

—¡Ah! —exclamó Sam Butchers—. ¿Os vais a casar, Morris?

—No le haga caso —dijo la estupefacta Lucy Flowers, que continuaba mirando sus fotografías—. ¡Santo cielo, esto es increíble!

—Quiero que veas especialmente ésta. —Morris la tomó de un brazo y la llevó hacia la cabecera de la cama—. Mírala con

atención, por favor.

Lucy miró la fotografía en la que ella estaba besando a William Ramsy, que yacía en la silla de ruedas. Luego, la strip-teaser miró a Morris y murmuró:

—Comprendo. Puesto que me ves aquí con él, lógicamente yo no puedo negar que le conozco, ¿verdad?

—Lógicamente —dijo con tono un tanto duro Morris Lambert.

—Y sin embargo, no le conozco —insistió ella—. Pero puedo explicarte el significado de esta fotografía... Sí, ahora, al verla, creo recordar algo de este muchacho. Creo que es uno de los que pasaron por la Institución Chessman.

—Así es. Y evidentemente, tú le conociste allí. Por lo tanto, te agradecería una explicación de una vez por todas.

—Explicación, ¿sobre qué? Todo lo que he estado haciendo yo durante los últimos años ha sido visitar instituciones como la Chessman, intentando solucionar pequeños problemas y llevar algo de alegría a los minusválidos que iba conociendo.

—No te comprendo.

—Pues no es tan difícil de comprender. Parte de mi tiempo libre lo dedico a visitar sitios donde hay niños e incluso personas mayores minusválidas. Esto lo vengo haciendo desde hace bastante tiempo. Digamos desde que murió mi hermano.

—Sigo sin comprender. Al menos no veo la relación entre...

—Espera. Mi hermano era también minusválido. Mientras mis padres vivieron, todo fue bien dentro de lo posible. El pobre Jeremy estaba debidamente atendido y tenía cuando menos el cariño de mis padres y mío. Pero mis padres fallecieron en un accidente de automóvil y entonces Jeremy y yo nos quedamos solos. Durante un tiempo estuve intentando atender yo sola a Jeremy, pero finalmente comprendí que jamás podría atenderlo debidamente. Así que conseguí que fuese admitido en una institución próxima a donde vivíamos. Al poco tiempo de estar allí, Jeremy murió. ¿Y sabes de qué murió?

—Bueno —parpadeó Morris Lambert—. Si estaba enfermo...

—No. No murió sólo por la enfermedad. —Lucy Goldchest Flowers apretó los párpados y unas lágrimas se deslizaron por sus mejillas—. Murió de tristeza porque le faltaba el cariño de aquellas personas que hasta entonces se lo habían dispensado.

Lambert y Butchers se quedaron mirando atentamente a Lucy. Morris sacó su pañuelo y lo pasó cuidadosamente por el rostro de la muchacha retirando las lágrimas.

—Sigue —musitó—. Aunque realmente me creo capaz de adivinar el resto.

—No sé si lo adivinarás, pero lo que hice fue a partir de entonces intentar ayudar en lo posible a los minusválidos que eran internados en instituciones como la Chessman. Comprendo que esto es conveniente para ellos, pues su evolución física y mental está mucho más garantizada en estos sitios que en un domicilio particular. Pero hay algunos que, como el pobre Jeremy, son internados cuando precisamente no tienen fuera a nadie que les pueda ofrecer su cariño. Entonces yo voy y se lo ofrezco.

Morris Lambert se pasó las manos por la cara y suspiró.

—Está bien. Ya te digo que comprendo lo que has estado haciendo durante todos estos años. Esto explica la fotografía en la que William Ramsey aparece contigo —señaló Morris la cabecera de la cama—. Supongo que fotografías como ésta te habrás hecho bastantes.

—Muchísimas —sonrió entre las lágrimas Goldchest Flowers—. No sé cuántas. Cien o doscientas mil... De verdad que no lo sé, Morris. He andado por todo el país repartiendo besos, dinero y todo el cariño que he podido a muchísimos muchachos, niños y personas mayores en el estado físico de minusválido.

—¿También dinero?

—Así es. En realidad, la mayor parte de lo que gano va a parar a diversas instituciones que carecen de medios propios para su subsistencia. Por eso nunca pongo reparos en aceptar obsequios como los que me ofreció, por ejemplo, Oscar Bruckman.

—¿Te refieres al brazalete de brillantes?

—Claro. Muchos hombres se acercan a mí ofreciéndome bagatelas como ésa e incluso de mayor precio. Yo les digo que sí a todos, las acepto y luego las vendo. Todo el dinero que consigo con este procedimiento va a parar también a esas instituciones.

—Eso me parece, en verdad, estupendo —dijo Morris Lambert—, pero quizá estás pagando un precio demasiado caro, Lucy.

—¿Qué quieres decir? —Lo miró vivamente la muchacha—. ¿Acaso crees que porque acepte los regalos cedo a los

requerimientos de esos... caballeros?

—¿No? —Bajó los párpados el policía.

—Claro que no. Eso es lo que ellos creen cuando vienen a ofrecerme sus bagatelas. Y puesto que cuando me hacen el obsequio no me piden nada, ni yo me comprometo a nada, ni hay condiciones de ninguna clase, sino que parece que todo es una generosidad desinteresada, yo me quedo con el regalo. Y cuando ellos piden el suyo, les digo que están locos si creen que yo soy una... Bueno, no hace falta que mencionemos la palabra.

—Esto es fantástico —exclamó Sam Butchers—. Y, además, permítame que le diga, señorita, que tiene usted la cara más dura que una pared.

—Es posible —lo miró sonriente Lucy Goldchest Flowers—. Pero gracias a la dureza de mi cara he conseguido unos cuantos cientos de miles de dólares que en estos momentos están muy bien empleados y han dado muy buen fruto.

—No dudo eso —admitió Butchers—. Pero, vamos, usted tiene un desparpajo tremendo, hijita.

—Si se refiere a lo de salir a hacer *strip-tease* en los escenarios, sepa usted, sargento, que un cuerpo no tiene tanta importancia a fin de cuentas. Si hay gente lo bastante tonta como para pagar cien dólares para verme bailar con el pecho embadurnado de purpurina, es cosa de ellos. Por lo demás, yo sigo mi vida con mis ideas y no tengo absolutamente nada que reprocharme. He sido siempre honesta en todas mis cosas.

El sargento Butchers soltó un bufido.

—Bueno, muchacho —miró a Morris Lambert—, yo no sé qué pensarás tú de esto, pero insisto en que la señorita Flowers es una caradura... Y, sin embargo, me cae más bien de lo que me caería un millón de dólares ante mis pies.

—A mí también me cae bien —refunfuñó Morris Lambert—. Demasiado bien, ya que voy a casarme con ella. Pero, desde luego, no lo haré hasta que deje de dedicarse al *strip-tease*.

—¡Qué gracioso eres, querido! —rió Lucy Goldchest Flowers—. Si estás esperando que yo deje el *striptease* para casarme contigo, me parece que cuando eso ocurra ninguno de los dos estaremos ya en condiciones de gozar del amor.

—Eso ya lo veremos —murmuró Morris Lambert—. ¿Conociste a

un hombre llamado John Carson en Chicago?

—Carson... ¡Oh, sí! Es verdad. Lo recuerdo perfectamente. Era un sujeto muy desagradable, vanidoso y, por supuesto, fue uno de los que me hicieron un obsequio desinteresado.

—Entiendo. ¿Qué es lo que pasó exactamente entre él y tú?

—No pasó nada. Como con los demás —dijo irritada Goldchest Flowers—. ¿Cómo tengo que decirlo? Ahora bien, él, como todos después de hacerme el obsequio, quiso conseguir algo más que mi simpatía.

—Digamos que en algún momento determinado te abrazó o besó en contra de tu voluntad.

—Así es. Lo intentó. Son muchos los que lo intentan.

—Sí. Como yo mismo anoche. Sólo que anoche yo estaba provocándote a ver cuál era tu reacción. En cambio, los otros, no. Pero por supuesto William Ramsy no podía saber esto.

—¿Qué quieres decir?

—¿Conociste a un hombre llamado Marcos Higgins de Atlantic City?

—Sí. Éste también era un...

—Ya sé lo que era éste. Y sé muy bien lo que eran todos. Seguramente eran unos sinvergüenzas todos estos que te voy a mencionar. Si acierto, cuando termine, solamente di sí. Estos hombres son: Joseph Carlston en Miami Beach, William Trenton en Los Ángeles, Richard Bentley en Las Vegas, y, finalmente, Oscar Bruckman aquí en Nueva York.

—Sí.

—De acuerdo —asintió Morris Lambert—. El asunto está muy claro para mí en estos momentos. Eres tan hermosa, Lucy, tan encantadora, que lógicamente muchos hombres habrán cometido la tontería de enamorarse de ti. Algunos en serio, como yo, y otros simplemente para tener unos momentos de... jolgorio. Éste podría ser muy bien el caso de todos los hombres que hemos mencionado. ¿Y sabes por qué hemos mencionado a esos hombres?

—No.

—Los he mencionado porque todos ellos fueron estrangulados por William Ramsy.

—¡No! —gimió Lucy, llevándose las manos a la boca.

—Lo siento, pero sí. ¿Sabes lo que ha ocurrido con tu

despampanante belleza? —Morris Lambert señaló a su alrededor todas las fotografías que llenaban las paredes y el techo—. Aquí estás tú, bellísima como pocas mujeres he conocido en mi vida. Hay quien esta belleza la puede digerir y hay quien no. En el caso de William Ramsy no influyó sólo tu belleza seguramente, sino ese beso que le diste hace tiempo. El muchacho perdió la cabeza por ti. Y en cuanto salió de la Institución Chessman, ¿qué hizo?

—¡Oh, Dios mío! —gimió Goldchest Flowers.

—Pues lo que hizo fue dedicarse a seguirte. Y la primera vez que él vio que un hombre te molestaba, lo mató.

—No, no.

—Vamos, Lucy, tienes que admitir la realidad. Ese muchacho no sólo es un minusválido, sino que, además, tiene que estar trastornado. Está tan locamente enamorado de ti, que basta ver este cuarto para comprenderlo. Tan locamente enamorado que te ha seguido a todas partes sin dejarse ver nunca. Todo eso porque una vez lo besaste. Encontró en ti un afecto, un cariño o una simpatía. Yo no sé cómo lo interpretó él. Pero entre eso y tu belleza y tus... pechos pintados de oro, el muchacho está completamente trastornado. Lleva mucho tiempo siguiéndote por todas partes y estrangulando con su mano sana, que es fortísima, a todo aquel que de un modo u otro te molesta. Anoche quiso matarme a mí.

—¡No es posible!

—Me estaba esperando en el asiento de atrás del coche. Si yo no hubiese llevado un revólver, ahora estaría estrangulado como Oscar Bruckman y todos los demás que le precedieron.

Lucy Flowers se dejó caer sentada en el borde de la cama y rompió a llorar. Lambert y Butchers cambiaron una mirada y luego, en silencio, se quedaron contemplando a la muchacha. Por fin, aceptando el pañuelo que le tendía Lambert, Lucy se limpió las lágrimas y miró al teniente de Homicidios.

—Entonces, ¿tú crees que la culpa de todo lo que ha hecho William Ramsy es mía?

—Digamos de tu belleza. Estoy seguro que este muchacho iba a verte prácticamente todas las noches al Baynight Club. Y lo mismo en todos los sitios adonde ibas. Tenía dinero en abundancia... Dinero que quitaba precisamente a los hombres que él mataba porque te habían molestado o intentaban perjudicarte de algún

modo.

—Pero... pero esto es horrible...

—Lo es. Ya te digo que la culpa no es tuya. Sólo de tu belleza... y de que pueda verla cualquiera.

—Vamos, Morris, no seas injusto —intervino Butchers—. Hay muchas chicas que se dedican al *strip-tease* y no aparece ningún loco revoloteando en tomo a ellas y cargándose a la gente que se acerque a la muchacha en cuestión.

—Está bien. Lo sé. Pero el hecho cierto es que sí existe un loco que anda revoloteando en tomo a Lucy Goldchest Flowers.

—¿Qué puedo hacer yo? —gimió Lucy—. Yo no tengo la culpa. ¿Cómo podía sospechar que alguien hiciese todo esto por culpa mía? A fin de cuentas, todo lo que hago es un trabajo como otro cualquiera.

—Como otro cualquiera, no. Pero efectivamente es un trabajo que puede hacerse con honradez —admitió Morris Lambert—. En fin, es absurdo seguir discutiendo ese tema. Lo que tenemos que hacer, ahora es atrapar a William Ramsy antes de que él se las ingenie para liquidarme a mí. Estoy seguro de que me ha cogido entre ojos y por poco que me descuide me estrangulará, me colocará otra bomba en el coche o me arrollará con el suyo... ¡yo qué sé! Ese muchacho puede cargarse a cualquiera de mil maneras.

—Tiene dinero y un coche —le recordó Butchers—. No va a ser fácil cazarlo, Morris.

—Por el contrario —sonrió secamente el teniente—. Va a ser facilísimo tenderle una trampa. Y para esa trampa tengo el mejor cebo que podamos desear.

CAPÍTULO XII

Como siempre, nutridos aplausos premiaron la actuación de Goldchest Flowers en el coquetón escenario del Baynight Club.

La muchacha se retiró poniéndose la bata que tenía junto al escenario, y poco después entraba en su camerino. Se vistió rápidamente, recogió su bolso, salió como siempre por la puerta lateral y recorrió el callejón hacia la avenida. Una vez allí, llamó un taxi. Taxi que se dirigió hacia el sur de Manhattan y abandonó luego ésta por el puente de Brooklyn. Desde Brooklyn, el taxi se dirigió hacia Conny Island y desde allí continuó hacia el este de Long Island en dirección a Rockville Center.

Pero el taxi no llegó a Rockville Center, sino que se detuvo en un pequeño parador bar que había en la carretera antes de esta localidad.

Allí, Lucy Flowers se apeó del taxi que emprendió el regreso hacia Manhattan. Para entonces del interior de un coche allí estacionado había salido ya Morris Lambert, que se acercaba a la muchacha.

—¡Hola! —saludó—. ¿Has visto si te ha seguido?

—No. Yo no tengo la experiencia que tienes tú en estas cosas, Morris. Pueden haberme seguido cien coches y yo no reparar en ello.

—Comprendo. Es natural. Pero tenemos que seguir con la función. Si no es hoy será mañana, y si no pasado. O dentro de una semana o un mes... Pero te aseguro que William Ramsy aparecerá.

—¿Y mientras tanto tenemos que estar los dos haciendo el mismo juego cada día?

—Si te parece bien... Si prefieres que lo dejemos estás a tiempo y, además, en tu derecho. No tienes ninguna obligación de

colaborar con la policía, al menos del modo que yo te he propuesto.

—Bueno. Vamos a probarlo. Ya veremos si lo hago muchos días o no.

—Si quieres que sea sincero, creo que no tendrás que molestarte demasiados días. Vamos al coche.

Se dirigieron los dos hacia el coche del que se había apeado Morris. Entraron ambos en el coche y éste partió inmediatamente de la zona iluminada por el pequeño parador bar. Unos doscientos metros más allá de éste, Morris sacó el coche de la carretera y condujo por un sendero que llevaba hacia la playa. Frente a la playa había un pequeño *bungalow* al que llegaron en poco más de un minuto. Morris detuvo el coche delante, los dos salieron del coche y entraron en el *bungalow*.

Apenas entrar, Lucy preguntó:

—¿Has visto tú si nos seguía algún coche, Morris?

—No. Pero ese muchacho ya ha demostrado que es un zorro astuto. Además, ten en cuenta que yo no soy infalible ni mucho menos. De modo que vamos a proceder conforme a lo acordado.

—Entonces tengo que desnudarme —chispearon los ojos de Goldchest Flowers.

—Así es. Pero como ya estoy digamos aclimatado a tu belleza, no me va a dar ningún soponcio. ¿Todavía llevas la purpurina?

—Claro. Ya sabes que yo sólo me ducho en mi apartamento y si he venido directamente del Baynight hasta aquí, tengo que llevar la purpurina.

—Bueno —sonrió el policía—, de todos modos, va a ser muy agradable asistir a una sesión privada de *strip-tease* nada más y nada menos que de Goldchest Flowers. ¡Ahí es nada!

—Si te lo vas a tomar con este pitorreo —refunfuñó Lucy—, desde luego no voy a seguirte el juego. Así que o se hacen las cosas con seriedad o llévame de vuelta a Nueva York.

—Bueno, bueno, no te lo tomes así. Sólo trataba de quitarle importancia a la situación.

—¿Acaso tiene importancia? —se sorprendió Goldchest Flowers.

—¡Mujer! A fin de cuentas, ninguno de los dos somos de piedra, y una cosa es verte en un escenario y otra cosa es verte a un metro de distancia. No sé si me comprendes.

—Lo que comprendo es que estás muy pesado con eso de tu

amor por mí y de que nos casemos. Es una idea descabellada.

Morris Lambert abrazó a Lucy por la cintura y la estrechó suavemente contra su pecho. Antes de que ella pudiese tan siquiera intentar evitarlo, la besó en los labios.

—Lo que pasa contigo es que eres una chica muy tímida y que estás preocupada porque temes que a mí me importe todo esto del *strip-tease*. Pues entérate bien. Lo del *strip-tease* me importa menos que un pito que ya no suene. ¿Está claro?

Lucy Flowers alzó el rostro y sus grandes y bellísimos ojos verdeazules quedaron fijos en los del teniente de Homicidios. Éste aprovechó la ocasión para besarla de nuevo en los labios. Y esta vez, para su sorpresa, pues realmente había estado fanfarroneando convencido de que era un iluso pretendiendo el amor de Lucy Goldchest Flowers, ésta le rodeó el cuello con sus brazos y correspondió cumplidamente al beso.

Tan cumplidamente que Morris Lambert estuvo durante los dos minutos largos que duró el beso como flotando en el espacio.

Cuando por fin sus pies volvieron a tocar tierra al separar ella sus labios de los de él, le pareció que regresaba de un mundo nuevo y maravilloso.

—¡Atiza! —susurró—. ¡Pues es cierto que estás enamorada de mí!

—¡Qué tonto eres! —susurró también Lucy Goldchest Flowers—. Yo sólo estoy aquí para ayudar a la policía a capturar a un asesino. Pero Morris, no olvides que me lo has prometido. No se trata de matarlo sino de capturarlo.

—A ver si él no lo permite, querida. Porque ese muchacho es de cuidado. Te lo aseguro. Y además, quizá nunca más volvamos a verlo. Aunque es difícil teniendo en cuenta sus características físicas, ya que eso nos permite hacer una descripción de él tan fácil que en un sitio u otro del país tiene que ser visto o identificado muy pronto.

—Bueno. ¿Empezamos ya la función?

—Por mí, cuando quieras —la soltó Morris Lambert.

Lucy Flowers se quitó el vestido y se quedó delante de Morris Lambert mirándolo con una maliciosa sonrisa en los sonrosados labios. Morris Lambert hizo un gesto de disgusto.

En el acto, Lucy Goldchest Flowers comenzó a gritar como si la

estuviesen desollando o poco menos. Corrió hacia la puerta, la abrió y salió a la oscuridad de la playa siempre sin dejar de gritar.

Detrás de ella, salió Morris Lambert.

—Es inútil que corras —le gritó—. No hay nadie aquí más que nosotros. ¡Vuelve a la cabaña!

Lucy se volvió a medias hacia él y continuó gritando, sin dejar de correr hacia el mar.

—¡No te acerques! —gritaba histéricamente—. ¡No vuelvas a tocarme!

Pero Morris Lambert no sólo volvió a tocarla, sino que en cuanto la alcanzó la derribó sobre la arena de dos violentísimas bofetadas. Luego la alzó de los brazos y caminó con ella hacia la cabaña controlando perfectamente a Lucy, que intentaba escaparse y le golpeaba como podía.

Detrás de ellos se oía el rumor del mar. Por delante y un poco a la derecha se veían las luces de Rockville Center. Y a la izquierda y más lejanas, las del intensísimo resplandor de la ciudad de Nueva York.

Ambos estaban realizando su cometido ya con el convencimiento de que la trampa no iba a dar fruto, por lo menos aquella noche, lo cual realmente les parecía incluso fantástico, cuando apareció William Ramsey, alias Billy.

Apareció de pronto por un lado de la cabaña cuando Morris y Lucy estaban a siete u ocho metros de la puerta.

El muchacho apareció con el brazo sano en alto y su voz llegó claramente a oídos de ambos, pese a los gritos de Lucy.

—¡Déjela inmediatamente, cerdo!

Morris Lambert se detuvo en seco. Lucy dejó de gritar y ambos se quedaron mirando realmente estupefactos al muchacho. Éste, todavía junto a la esquina del *bungalow*, seguía con el brazo en alto, pero en la oscuridad apenas matizada por la luz que brotaba del interior del *bungalow*, Morris no pudo ver qué era lo que tenía en la mano.

—¡Te he dicho que la sueltes, cerdo! —gritó nuevamente William Ramsy, con voz aguda.

Muy despacio, Morris depositó a Lucy Flowers en el suelo. De acuerdo a la representación que estaban realizando, la muchacha debía haber corrido, alejándose de Morris, pero su estupefacción era

tal que no acertó a moverse. Se quedó junto al teniente de Homicidios, quien, a su vez, seguía como clavado en el suelo.

—¡Apártese de él! —dijo Billy—. Dese prisa, señorita Flowers. Apártese de esa bestia inmundada.

—¿Qué vas a hacer, Billy? —preguntó, con voz crispada, la muchacha.

—Lo voy a hacer pedazos —gritó rabiosamente el minusválido—. Voy a convertirlo en...

—¡Quieto, Ramsy! —Llegó la voz del sargento Butchers—. ¡Quédese tal como está!

La sorpresa fue ahora para William Ramsy, que volvió vivamente la cabeza hacia el coche que estaba detenido a pocos pasos de él.

La tapa del maletero se había alzado y todavía dentro del maletero y de pie vio a dos hombres. Ambos apuntándole decididamente con sus pistolas.

Billy estaba realmente estupefacto como idiotizado. Su mirada fue del sargento Butchers y el detective Payne a la pareja formada por Morris y Lucy y viceversa. Y de nuevo hacia Butchers y Payne.

—¡Quédese quieto como está! —insistió el sargento Butchers—. No mueva ni siquiera una pestaña, muchacho, o lo voy a llenar de plomo.

Billy no obedeció la clarísima orden del sargento de Homicidios.

Una vez más, miró hacia Morris y Lucy. Y de pronto, se volvió hacia el coche declaradamente moviendo el brazo que tenía en alto hacia atrás.

Morris Lambert comprendió justo entonces qué era lo que William Ramsy tenía en la mano alzada.

—¡Cuidado, Sam! —gritó—. Es una bomba de mano.

Al mismo tiempo que gritaba, Morris empujaba a Lucy y rodaban los dos por el suelo intentando alejarse en lo posible.

Pero la acción de Billy no iba contra ellos, ya que en modo alguno el muchacho parecía capaz de perjudicar a su adorada Goldchest Flowers. La acción de Billy iba dirigida implacablemente hacia los dos hombres que formaban parte de la trampa junto con Morris y Lucy.

La granada salió despedida de su mano al mismo tiempo que desde el maletero del coche, el agente Payne disparaba rápidamente

por dos veces antes de saltar en pos de Sam Butchers.

Lo primero que se oyó fue el alarido de dolor de William Ramsy. Acto seguido, la granada fue a rebotar en el techo del coche y allí estalló.

Por un instante fue como el *flash* de un fotógrafo consiguiendo una extraordinaria fotografía. Butchers y Payne saltando fuera del coche y rodando por el suelo alejándose. Lo mismo estaban haciendo todavía Morris y Lucy bajo la dirección del primero. Más allá, Ramsy estaba muy erguido, crispado con las dos manos tensas en el pecho. Y todo esto iluminado por el fogonazo de la granada que estalló en el techo del coche formando en éste un retorcido embudo y lanzando esquirlas de metal hacia arriba.

El fogonazo desapareció rápidamente y pareció entonces que todos hubiesen perdido la visión, tal había sido su intensidad. Aun sin ver bien, debido al deslumbramiento del fogonazo de la granada, Morris Lambert corría ya hacia William Ramsy que estaba cayendo hacia delante. Lo hizo primero de rodillas y justo cuando Morris llegaba junto a él.

El teniente de policía le dio la vuelta dejándolo cara a las estrellas sin hacer caso de la voz de Butchers, que le gritaba:

—¡Cuidado, Morris, puede tener una pistola!

William Ramsy no llevaba pistola alguna. Morris Lambert se convenció de esto con una rápida y experta pasada de sus manos por el cuerpo del muchacho, que con los ojos muy abiertos y llenos de estrellas yacía inmóvil. Su boca estaba entreabierta y brotaba de ella un lento y entrecortado suspiro.

—¿Está loco? —masculló Morris—. ¿No ha comprendido que esto era una trampa y que no podía ganar de ninguna manera? Debió rendirse.

Los ojos de William Ramsy se desviaron de la contemplación de las estrellas para fijarse en Morris Lambert. Pero en seguida se desviaron de éste, pues en aquel momento, Lucy se arrodillaba junto al policía.

Una sonrisa visible a la lívida luz de las estrellas apareció en los labios de Billy.

—Señorita... Flowers... ¡Cuánto la amo!

Lucy Flowers escondió el rostro entre las manos y rompió a llorar arrodillada junto a Morris y frente a William Ramsy.

Éste contemplaba atónito a la muchacha.

—No llore, por favor... No puedo soportar... que nada en el mundo... le cause... le cause pena o... o... tristeza. Por eso... por eso siempre... siempre he querido... estar cerca de usted... desde... desde que me besó.

Morris volvió un instante la cabeza hacia su derecha al oír las pisadas de sus compañeros acercándose. Butchers y Payne llegaron junto a él y se quedaron inmóviles contemplando al agonizante minusválido.

—Lo siento —murmuró Payne—. Pero me pareció que debía disparar, teniente.

Lucy continuó llorando mientras Morris, sin contestar a Payne, volvió a mirar a Billy, que seguía murmurando palabras cada vez menos inteligibles.

Pero no tanto que Morris y Lucy no pudieran oír las últimas palabras que pronunció William Ramsy antes de que su cabeza colgase de pronto blandamente hacia un lado.

—Para usted, ya sé que... que aquél fue un beso... un beso que olvidó rápidamente..., pero para mí... para mí fue... lo mejor que me habían dado en toda mi vida..., un beso olvidado por usted..., pero recordado siempre por mí.

ESTE ES EL FINAL

Lucy consiguió finalmente apartar sus labios de los de Morris Lambert, que soltó un gruñido y no pareció dispuesto a abandonar su presa.

Pero la presa gimió dulcemente:

—¡Por favor, Morris! Tengo que quitarme la purpurina.

—Bueno —murmuró él—. Eso es cosa que puede esperar, me parece a mí.

—No. Puesto que hoy ha sido mi última actuación y jamás volveré a salir a un escenario, quiero quedar completamente limpia de todo lo que hasta ahora me ha definido.

—No sé qué manía tienes —refunfuñó Morris—. A decir verdad, a mí me gusta mucho el aspecto que tienes con la purpurina.

—Pues yo quiero quitármela ahora mismo. Así que tú verás si me esperas aquí o vienes a ayudarme.

—¡Caramba! —Se iluminaron los ojos de Morris Lambert—. No voy a ser tan tonto de quedarme aquí sentado y sólo pudiendo dedicarme a lavar oro.

Riendo los dos, entraron en el cuarto de baño.

Y poco después, el teniente de Homicidios Morris Lambert estaba dedicado con pleno entusiasmo a retirar hasta el último destello dorado de la piel de la bellísima Lucy.

—Por cierto —dijo ella—. Supongo que ahora que ya me tienes a mí, no vas a seguir comprando la revista *Play-Boy*.

—Claro que no —dijo Morris Lambert—. No soy tan tonto, mi amor.

—¿Tonto? —Alzó ella las cejas, sorprendida—. Bueno, tampoco he dicho eso. A mí no me parecen tontas las personas que compran esa revista o cualquier otra.

—No he querido decir eso. Lo que he querido decir es que teniendo a mi disposición el original de Goldchest Flowers, no voy a ser tan memo de andar por ahí comprando copias de cuatro brujas que puedan salir a partir de ahora en cualquier revista.

—¡Oh! —sonrió Lucy—. Eso que dices es muy amable por tu parte, mi amor.

—Bueno —sonrió de oreja a oreja Morris Lambert—. Yo creo que las relaciones entre un matrimonio deben ser lo más amables posibles desde el primer momento. ¿No estás de acuerdo, amada mía?

—Por supuesto que sí, mi amor.

—Así me gusta. Que estés de acuerdo siempre con tu marido. Y puesto que ya no existe Goldchest Flowers y hace apenas media hora que nos hemos casado, opino que mientras el capitán Cassidy, el sargento Butchers y otros compañeros se dedican a celebrar con nuestra champaña el gran triunfo conseguido con todo aquel tinglado de los casinos clandestinos de juego y se divierten burlándose de mí porque me he casado, nosotros también vamos a celebrarlo.

—¿Celebrar el qué, mi amor? —Lo miró cándidamente Lucy.

—¡Caray! —exclamó Morris Lambert—. Pues eso.

—¿Y eso qué es?

—Demonios —refunfuñó el teniente de Homicidios—. ¿Te lo voy a decir con todas las letras? ¿Qué es lo que tenemos que celebrar sino nuestra boda?

—¿Y eso cómo se celebra, mi amor?

Morris Lambert abrió la boca, luego la cerró. Se quedó mirando con expresión perversa a su flamante esposa y, de pronto, sonrió maliciosamente.

—¿Que cómo se celebra eso? —deslizó—. Bueno, no creo que ni tú ni yo tardemos más de cinco minutos en saberlo.

FIN



9 788402 025135

11736



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...